





**DOS MUJERES
Y OTRAS HISTORIAS DE AMOR**



JOSÉ MANUEL FAJARDO

DE AVENTUREROS Y REVOLUCIONARIOS

PRÓLOGO DE
MILTON FORNARO



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1053-3

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Corrección: Alfredo García

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2018

Un espejo con marco antiguo

La historia de la literatura, fundamentalmente en los dos últimos siglos, ofrece numerosos ejemplos de autores que se desempeñaron como escritores de ficciones y a la vez como periodistas, destacándose en ambas disciplinas. Podría ser muy extensa la lista de quienes han cultivado en paralelo ambas maneras de la escritura, pero como ejemplo citemos dos casos notorios, ganadores del premio Nobel, y coincidentes en reivindicar los aportes recibidos desde el periodismo a la hora de escribir ficciones: Ernest Hemingway (1899-1961) y Gabriel García Márquez (1927-2014).

En líneas generales el periodismo es el hoy, la noticia que importa en el día de la fecha, lo inmediato. Sin embargo, este oficio de lo fugaz en algunas ocasiones trasciende la inmediatez y perdura. En esos casos periodismo y literatura se dan la mano, creando un híbrido que cabalga entre el realismo y la ficción. Entre muchos otros, un ejemplo evidente es “El verano peligroso”, el extenso reportaje acerca de las corridas mano a mano de los toreros españoles, además cuñados entre sí, Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín, que fue publicado en *Life* (el 5, 12 y 19 de setiembre de 1960), y posteriormente en libro (en castellano fue editado por Planeta en 1986).

El autor de este libro, el español José Manuel Fajardo, como Hemingway y García Márquez, y como, entre otros, sus connacionales contemporáneos Rosa Montero y Arturo Pérez Reverte, convive con su doble labor de escritor y periodista, y será tarea de los críticos indagar, si fuese necesario, cómo estas dos vertientes interactúan tanto en sus obras de ficción

como en las de periodismo escrito. Lo que salta inmediatamente a los ojos del lector de los artículos de prensa aquí reunidos, es que ellos, publicados originalmente en periódicos y revistas españoles y americanos de amplia circulación, sin perder su condición de tales –principalmente entretenidos e interesantes para el gran público– justifican por su factura su inclusión en un libro. El trabajo de investigación, la información aquí contenida, la cultura demostrada por el autor, sin abrumar al lector, el talento desplegado y expresado apelando a técnicas literarias más que periodísticas, hacen que estas vidas azarosas de hombres y mujeres, que realmente existieron, perduren en la memoria de quien las haya leído.

El propio Fajardo reflexiona sobre esto y escribe¹: “La literatura de periódico cabalga entre géneros. Puede tomar forma narrativa, ensayística e incluso teatral, pues una entrevista bien construida tiene mucho de diálogo dramático. Pero, sobre todo establece un permanente vínculo con la realidad de los otros. Son las vidas ajenas las principales protagonistas de su escritura, incluso en los artículos de opinión”.

Precisamente, Fajardo indaga en vidas ajenas memorables, algunas recogidas en los libros de Historia y otras que han perdurado en páginas que el autor rescata del olvido. Los protagonistas de esta serie son el corsario sir Francis Drake; el vikingo Leif Eirikson, hijo de Eirik *el Rojo*; *la Monja Alférez*; la bella española Teresa Cabarrús, víctima del Terror francés; Robespierre, *el dios de la guillotina*; el acorazado *Potemkin*; Malcolm X; los moros expulsados del pueblito español de Hornachos hace cuatrocientos años, y cuya historia aún continúa en Rabat, Marruecos; y el capitán Dreyfus.

Como se advertirá el menú es variado y se corresponde a la intención que Fajardo expresa así ²: “El periodismo necesita hoy más que nunca una memoria larga que dé sentido a la actualidad, porque el presente no es más que el extremo de un hilo de tiempo, la manifestación fugaz en un proceso histórico. Todo se convierte en pasado a una velocidad vertiginosa, incluso estas líneas que acabo de escribir y que usted acaba de

leer. Ya son pasado. Y es ese pasado hecho memoria el que nos dice quiénes somos, de dónde venimos, cuáles son nuestros miedos, cuáles nuestros sueños”.

Como ya se habrá advertido, no se trata de meras biografías, sino que la indagación y recreación de vidas con nombres y apellidos, o la de los anónimos moriscos, o la de los tripulantes innominados del *Potemkin*, pretextan comprender las circunstancias que rodearon esas existencias, y que en más de un caso determinaron el destino de los protagonistas retratados, que nos mueven a la piedad, al asombro o al espanto. Es muy difícil permanecer indiferentes ante lo que leemos. Con habilidad Fajardo nos inmiscuye, nos hace participar, nos compromete mediante su arte de narrador. Es el nexo adecuado entre los retratados y los lectores, y aunque medien en algunos casos siglos de distancia entre ellos y nosotros, no podemos dejar de sentirlos prójimos, y más de una vez próximos.

Dice Fajardo en el prólogo aludido: “Hace años que descubrí que son las vidas de los otros las que merecen ser contadas. Y solo a través de ellas he podido llegar a comprender algo de la mía”. Se trata según el autor de “expresiones de la condición humana, desde el heroísmo al crimen, desde el idealismo a la dictadura de los instintos animales, desde la codicia al altruismo”. Y agrega que se trata de “pedazos de memoria que, de alguna manera, nos dan claves para mejor entender el presente. Porque hoy es ayer”.

José Manuel Fajardo nació en Granada en 1957. Ha trabajado como colaborador y redactor en diversos periódicos y revistas españoles (*Pueblo, Ya, El País, Liberación, Mundo Obrero, La Gaceta del Libro, Leer y El Periódico*, entre otros). Sus novelas *Carta del fin del mundo, El converso y Una belleza convulsa* (publicadas todas ellas en Ediciones B) han recibido una entusiasta acogida tanto de la crítica como de los lectores y se han traducido al alemán, francés, italiano, griego y

portugués. Un cuento suyo, “Las moscas”, integra la antología *Cuentos de la tercera orilla* (Lectores de Banda Oriental 7 y 8 de la 9ª Serie). Por *Una belleza convulsa* recibió en Francia el premio de literatura Charles Brisser 2002.

Milton Fornaro

El caballero corsario

La isla de los Cangrejos debía su nombre a los monstruosos crustáceos que la habitaban y que, según se decía, eran los más grandes que se conocían en el mundo: unos cangrejos de poderosas pinzas y casi dos cuartas de tamaño que la recorrían como un ejército acorazado. Sobre la arena de una de sus playas, en la mañana del día 28 de enero del año 1596, yacía un hombre enfermo que rondaba los cincuenta años de edad y que apenas si podía moverse a causa de la apoplejía que agarrotaba sus miembros. Bajo el sol del trópico, el siglo se extinguía al igual que se apagaba la vida del agonizante marinero. Cerca de allí, en la vecina costa de Panamá, se levantaban las defensas erigidas por los españoles en la ciudad de Portobelo, célebre por ser el lugar donde se embarcaban los fabulosos cargamentos de plata provenientes del Perú con destino a las arcas del imperio de Felipe II. Y era precisamente el brillo de esa plata lo que había atraído al moribundo desde el puerto inglés de Plymouth hasta aquella remota isla.

Su cuerpo enfermo y sudoroso parecía un resto más de los que la marea abandonaba sobre la arena. No había en él dignidad ni fortaleza alguna y, con su minada salud, habían desaparecido también el respeto y el temor que hasta entonces había infundido entre los suyos. Así, descuidado por sus hombres, que se habían adentrado en la isla en busca de agua, nadie se apercibió del levísimo rumor de patas que delataba la llegada de los cangrejos. Primero fue el pellizco de unas pinzas en la pierna, luego en el brazo, en las manos inútiles, en el cuello. El continuo rumor de las olas apagó sus gritos y, agotado e impedido, el marino nada pudo hacer frente a los

voraces crustáceos. Solo el luminoso cielo del Caribe fue testigo del atroz modo en que “su cadáver fue roído hasta los huesos”.

De esta forma narraba Jules Trousset, en su *Historia de piratas y corsarios* publicada en París en 1880, la muerte del hombre que había devuelto el orgullo a la armada de Inglaterra y aterrorizado a los españoles tanto en las costas de América como en las de la misma España, el corsario inglés por excelencia: sir Francis Drake.

La admiración y el odio que despertaban sus hazañas habían terminado por hacerle entrar en los dominios de la leyenda, pues legendaria era la terrible muerte que el historiador daba por cierta. Frente a semejante suplicio, propio de un héroe de la mitología griega, fray Pedro Simón afirmaba, en su *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales*, publicado en 1892, que Drake en realidad había enfermado de disentería, como muchos otros de sus tripulantes, y que fue tal y tan irremediable su dolor que sus propios hombres decidieron echarle veneno en la comida para acortar su martirio. El corsario debió de temerse algo porque se negó a tomar alimento si no lo probaba alguien antes, de manera que “tomaron otro remedio que fue echar el tósigo en un clister o ayuda que le administraron, el cual debió de ser tan vehemente que al punto se le subió al corazón”.

Aunque esta versión eutanásica de la muerte de Drake es tan poco fiable como la historia de los cangrejos, en lo que sí parece haber acuerdo entre los historiadores modernos es en que fue probablemente la fiebre amarilla la que acabó con la vida de Francis Drake. No está claro si su cuerpo fue metido en un ataúd y arrojado al mar entre las salvas de artillería de su flota o si fue enterrado en un islote. Pero, en cualquier caso, lo cierto es que su vida terminó justo en el mismo lugar en que habían comenzado sus aventuras marineras, veinticuatro años atrás. Y en el interior de ese círculo vital se encierra una existencia emblemática y premonitoria que refleja como pocas la compulsiva codicia que ha terminado por convertirse en columna vertebral de la bárbara condición de los tiempos

modernos. A fin de cuentas, por expresarlo en los términos del lenguaje económico de moda en las postrimerías del siglo XX, lo que llevó a Drake a convertirse en asolador de ciudades y ladrón de tesoros fue la reclamación de la libertad de mercado en las colonias de América, en las que la monarquía española había impuesto un régimen de monopolio comercial.

Drake había nacido, en una fecha imprecisa situada entre 1540 y 1545, en el seno de una humilde y numerosa familia de labradores vecinos de la villa inglesa de Crowndale, un pueblecito del interior de la península de Cornualles que estaba rodeado de páramos. Para un joven inquieto como él, la única posibilidad de escapar de la estéril Crowndale estaba en el cercano puerto de Plymouth.

Muchas de las familias que habitaban la costa inglesa del canal de La Mancha se dedicaban, desde hacía años, al contrabando y a la piratería, y sus víctimas se contaban especialmente entre las embarcaciones españolas, francesas y holandesas que frecuentaban la zona. Lo cierto es que el negocio resultaba tan rentable que no tardaron en involucrarse en él las autoridades locales y algunos miembros de la marina real, respaldados en Londres por altos cargos de la Administración. Hubo muchos y sonados casos, aunque tal vez el más llamativo fue el del vicealmirante de Cornualles, sir John Killigrew, cuya familia en pleno regentaba impunemente una lucrativa empresa de piratería desde el pequeño puerto de Falmouth. Pero la propia familia del vicealmirante pudo comprobar que la permisividad oficial ante este tipo de negocios también tenía un límite: los intereses de la corona. La desafortunada idea de la madre de sir John, lady Killigrew, de ordenar a sus hombres apoderarse (y, de paso, matar a la tripulación) de un barco de la Liga Hanseática que había atracado confiadamente en las cercanías de su castillo, puso en un aprieto diplomático a la reina Isabel. La consecuencia fue que lady Killigrew, aunque salvó la cabeza, no pudo evitar dar con sus venerables huesos en la cárcel.

En ese ambiente de capitalismo primitivo o de botín, propio de los siglos XVI y XVII, en el que el afán de lucro violentaba

sistemáticamente las endeble barreras morales y legales de la época, comenzó su vida marinera Francis Drake. Para prosperar bastaba apoderarse de la riqueza ajena o forzar a otros a comprar lo que se les ofreciera, les interesara o no. Y ese afán inescrupuloso de dinero no era un sentimiento exclusivo del vulgo y de algunos hacendados y negociantes. Del Ejército al Parlamento, de la nobleza al clero, ningún poderoso parecía capaz de sustraerse a él. Ni siquiera la mismísima reina Isabel, cuya celebrada virginidad carnal no tenía correlato en la satisfacción de otros apetitos como la codicia, pues si los intereses políticos de Inglaterra y las diferencias religiosas animaban a propiciar los ataques a los intereses españoles, no menos cierto era que la reina bien lucraba con tales desmanes. Buena prueba de ello es que la corona inglesa participó activamente como socio, con dinero o con la cesión de alguno de sus barcos, en las primeras empresas de piratería encubierta emprendidas en las costas americanas del Imperio español, a partir del año 1560, por John Hawkins, un armador que estaba emparentado lejanamente con el joven Drake.

La “técnica” de Hawkins era sencilla y eficaz. Primero visitaba la costa africana, para hacerse con un cargamento de esclavos negros que compraba a los reyezuelos locales o robaba a los negreros franceses que se cruzaban en su camino. Después, hacía escala en las islas Canarias, donde contaba con la ayuda de un español amigo suyo, un notable de la isla de Tenerife llamado Pedro Ponte. Por fin, ponía rumbo a América. Atracaba ante el puerto de su interés, que podía ser Santo Domingo o Cartagena de Indias, y pedía a las autoridades permiso para vender sus esclavos. Si las autoridades se lo concedían, no había problema; pero si, como era su deber, le respondían que el comercio con las Indias Occidentales era monopolio español y por tanto nada podían comprarle, entonces Hawkins amenazaba con recurrir a la violencia y, si era menester, realizaba algunos disparos de cañón para que quedara bien claro que no hablaba en vano. Por lo general, aquello bastaba para convencer a los españoles de la conveniencia de permitirle comerciar en el puerto. Curiosa-

mente, y como prueba de la ambigüedad que presidía sus actos, Hawkins pagaba escrupulosamente a las autoridades españolas los impuestos establecidos para este tipo de transacción económica. Las ganancias del viaje, en todo caso, eran cuantiosas: en torno al sesenta por ciento. Pero semejante equilibrio entre amenazas y negocios era muy inestable y pronto el puro pillaje empezó a sustituir al forzado comercio.

Francis Drake hizo su primer viaje a América por cuenta de su acaudalado tío, enrolado en la expedición que este envió bajo el mando de uno de sus hombres, el capitán John Lowell. Las tres naves partieron de Plymouth en noviembre de 1566, visitaron las islas Margarita y Curaçao y secuestraron en Borburata al teniente de alcalde y a varios comerciantes españoles por los que pidieron un rescate. Después se dirigieron al puerto de Río del Hacha, en las Antillas, pero sus cañonazos de amedrentamiento fueron respondidos con fuego de artillería y se vieron obligados a retirarse. Ya de regreso a Europa y para desquitarse del fracaso, saquearon algunas localidades de la isla de La Española.

El arrojo y talento demostrados por Francis Drake en su bautismo de fuego le hicieron pronto alcanzar protagonismo en la empresa de Hawkins. “Menos que mediano de cuerpo”, como le describe fray Pedro Simón en su libro, “pero bien compuesto de miembros, hermoso, de rostro bemejo, de condición jovial”, el joven Francis era discreto y “agudo en toda suerte de negocios, en especial el militar”. No es pues de extrañar que en el siguiente viaje, que tuvo lugar un año más tarde, Hawkins decidiera dar a Drake el mando de una nave capturada a negros portugueses en la costa de Guinea. Y, ya en las costas americanas, le nombró capitán del *Judith*, un navío ligero de 50 toneladas con el que Drake inició un nuevo asedio al puerto de Río del Hacha. Esta vez la flota pirata, más numerosa y mejor armada, tomó la ciudad, buena parte de la cual fue incendiada. Los habitantes no tuvieron más remedio que pagar 4.000 pesos para evitar que se le diera fuego al resto. Un método expeditivo y brutal que se convertiría en costumbre de aquellos corsarios

que pronto serían conocidos por el sobrenombre de Halcones del Mar. El propio Drake reflejaría aquel chantaje incendiario, años después, al escribir las memorias de uno de sus viajes: “Todas las mañanas se iniciaban incendios. Debido a que las casas eran magníficas, construidas en piedra por entero, nos costó un esfuerzo tremendo su destrucción”.

Animado por el éxito, Hawkins puso rumbo a la ciudad de Cartagena de Indias que, como sucedía por entonces en la mayor parte de las posesiones españolas en América, apenas si estaba defendida. Tan solo había dos pequeños fuertes a medio construir, insuficientes para proteger la compleja orografía de su bahía, y en la ciudad no disponían más que de dos cañones, uno de ellos prestado por el cabildo de Nombre de Dios. Sin embargo, donde no llegaba la fuerza podía llegar el ingenio. El gobernador de la villa, don Martín de las Alas, contestó con altanería a las amenazas de los corsarios y estos no dudaron en disparar contra la ciudad. Para asombro de los ingleses, el gobernador les respondió con los cañonazos de numerosas piezas de artillería. En realidad no eran sino los dos cañones disparados alternativamente, que los españoles cambiaban a toda prisa de emplazamiento para hacer creer a sus atacantes que poseían una nutrida defensa artillera. El truco dio resultado pues Hawkins no se atrevió a acercarse más al puerto y, menos aun, a intentar un desembarco. El arrojito pirata siempre tuvo algo de oportunista, como cabía esperar en hombres de negocios por muy bárbaros que fueran sus métodos comerciales, y era costumbre entre ellos rehusar los combates demasiado igualados. A fin de cuentas, su propósito era enriquecerse con el menor riesgo y coste posibles.

De Cartagena se dirigieron a Veracruz y allí la escuadra de Hawkins sufrió un severo revés. Solo un pequeño patache y dos barcos, uno de ellos el *Judith* que capitaneaba Drake, lograron escapar. El regreso a Inglaterra, a principios de 1569, fue humillante, y el relato amañado de los hechos, según el cual Hawkins y sus hombres no eran sino pacíficos comerciantes

brutalmente atacados por los españoles, ayudó a encrespar los ánimos contra España.

Las relaciones entre los dos países atravesaban un período de paz oficial y de hostilidad soterrada. Hawkins, Drake y otros marinos, como Oxeham y Raleigh, actuaban con el apoyo de la reina Isabel, cual si fueran corsarios autorizados a atacar a embarcaciones de un país enemigo pero, al no haber guerra declarada, no podían recibir patente de corso y su actuación, legalmente, se correspondía con la de un pirata. De ese modo, el poder político inglés jugaba sus cartas tanto en el terreno de la legalidad, mediante negociaciones diplomáticas, como en el ilegal terreno de la delincuencia. Sin embargo, el trato que los poderes públicos ingleses daban a sus piratas tolerados rayaba en la provocación. Un buen ejemplo fue la recepción que la reina Isabel en persona dio a Francis Drake cuando este terminó su vuelta al mundo, el 26 de septiembre de 1580.

Drake había dejado de ser ya el joven capitán que se fogueaba en las expediciones que otros comandaban. Desde hacía diez años, él era su propio comandante. En 1572, decidió intentar apoderarse en Portobelo de la plata que llegaba hasta allí, desde el Perú, a lomos de una caravana de mulos que debía atravesar penosamente el selvático istmo de Panamá. Tras un primer fracaso, se hizo con ochenta de aquellos valiosos mulos, cosechando una fortuna que le animó a nuevas empresas y le dio renombre en su patria.

Aquel prestigio le valió el respaldo a su nueva expedición de influyentes socios londinenses (sir Francis Walsingham, los condes de Leicester y de Lincoln y el inspector de la Marina, sir William Winter) e incluso el de la reina, que contribuyó a ella con mil coronas aunque decidió no aportar ningún barco para lograr así guardar las formas diplomáticas sin perderse los beneficios de la empresa. A mediados del mes de diciembre de 1577, Drake partió de Plymouth con cinco embarcaciones y el propósito de atacar las posesiones españolas en la costa americana del Pacífico, pues estaba convencido de que estas

debían de estar aun más desprotegidas que las emplazadas en la costa atlántica.

Sin embargo, antes de llegar a su codiciado objetivo debía atravesar el temible estrecho de Magallanes. A su entrada se produjo un tenso enfrentamiento entre Drake y uno de sus capitanes, el ambicioso John Daughy, que fue juzgado sumarísimamente por insubordinación y condenado a ser abandonado en tierra o ejecutado. El capitán Daughy eligió la pena de muerte y fue decapitado sin contemplaciones, pese a que Drake no estaba autorizado a tomar semejantes decisiones judiciales por su cuenta. Era un capítulo más de las tragedias a las que aquellas soledades del fin del mundo estaban llamadas a servir de escenario. La dureza de la empresa, en opinión de Drake, no admitía titubeos y el tiempo no tardó en venir a confirmarle en su criterio pues, a los pocos días, perdió uno de sus navíos en las aguas turbulentas del estrecho y los otros, apartados por el temporal, se vieron obligados a regresar a Inglaterra. De modo que cuando Drake se adentró por fin en las aguas del Pacífico, solo disponía de una nave de 240 toneladas y catorce cañones que él mismo capitaneaba, la *Pelican*, a la que rebautizó con el nombre de *Golden Hind* (Cierva Dorada). Con ella causó estragos durante semanas en las costas de Chile, Perú y Ecuador. Y a la altura de Costa Rica apresó un carguero que llevaba a Panamá sedas, platos chinos, un halcón de oro y una gran esmeralda, procedentes de Filipinas. Pero Drake halló en él otro tesoro: las cartas de navegación de los españoles en las que se detallaba el rumbo hacia Asia a través del Pacífico.

Aquella le pareció la mejor derrota a tomar porque, a buen seguro, las noticias de sus asaltos y saqueos habrían llegado ya a oídos de las autoridades locales y los españoles acecharían en el estrecho de Magallanes, a la espera de su regreso a Inglaterra. Su cálculo no iba desencaminado, pues una flotilla mandada por Juan de Villalobos y Pedro Sarmiento de Gamboa había partido rumbo al estrecho, donde esperarían vanamente su retorno para atacarle.

Drake se adentró en el Pacífico, a la altura de la costa de California, el 23 de julio de 1579. Y, tras hacer escala en las islas de los Ladrones (hoy islas Marianas), Mindanao, Molucas y Timor, dejar atrás la India y contornear la costa de África, llegó a Inglaterra con un tesoro cuyo valor era superior al presupuesto anual del Parlamento inglés: 250.000 libras. Y con la fabulosa esmeralda robada que regaló a su reina con maneras más propias de galán que de súbdito. Esta, a cambio, no solo le visitó a bordo de la *Golden Hind* y lució la joya, para escándalo y protesta de los diplomáticos españoles en Londres, sino que nombró caballero a Drake y le dio por escudo un globo terráqueo coronado por una nave y la leyenda: “Fuiste el primero en circundarme”. Afrenta de afrentas, a ojos de los españoles, pues no solo falseaba la realidad histórica, al ignorar el viaje iniciado por Magallanes y finalizado por Juan Sebastián Elcano en 1522, sino que llevaba en su seno el sarcasmo de responder a una hazaña que solo había sido posible con la ayuda de las cartas de navegación españolas compuestas, precisamente, gracias al viaje de Elcano. En todo caso, Aquella era una buena forma de decir al mundo entero que Inglaterra se sentía legitimada a disputar a España el dominio de los mares y de las tierras del Nuevo Mundo.

El mensaje fue recibido y Felipe II empezó a preparar la empresa de la Gran Armada, cuya misión era derrotar en guerra abierta a la cada vez más inquietante Inglaterra. La alianza del infortunio meteorológico y la torpeza militar (en particular la impericia marinera del duque de Medina-Sidonia, almirante de la flota) convirtió la expedición en una catástrofe. Aquel año de 1588 pasaría a la Historia como el de la destrucción de la Armada Invencible, como fue rebautizada la flota española por los historiadores ingleses para realzar su triunfo. Una destrucción a la que no fue ajena la pericia en combate de los marineros ingleses, entre los que estaban Francis Drake y John Hawkins que se transformaban así en indiscutibles héroes nacionales.

En los años previos, Drake se había convertido realmente en un honorable caballero. Compró la abadía de Buckland en

1581, fue nombrado alcalde de Plymouth y llegó a representar a Cornualles en el Parlamento de Londres. Pero no había abandonado sus negocios. En 1585 emprendió un nuevo viaje a América, en esta ocasión con la excusa de liberar a los navíos ingleses que estaban confinados en puertos españoles y con el apoyo explícito de la reina. Era una formidable escuadra de veinticinco barcos, dos de ellos de la corona, y dos mil trescientos hombres. De camino, saqueó la ciudad de Vigo e intentó asaltar Las Palmas. Ya en las costas americanas, incendió la ciudad de Santo Domingo, tras comprobar que no podría obtener el rescate de un millón de ducados que exigía; tomó Cartagena de Indias, en la que obtuvo trescientos mil ducados tras una larga negociación con el obispado que estuvo a punto de frustrarse por la indignación con que Drake acogió la noticia de que en los papeles oficiales de las autoridades españolas se le calificaba de pirata. Por fin, arrasó San Agustín, en el canal de La Florida, e hizo escala en la colonia inglesa que había fundado el año antes sir Walter Raleigh en la isla de Roanoke, frente a las costas del actual estado de Virginia, para llegar a Inglaterra en julio de 1586, con menos ganancias de las esperadas, dieciocho naves averiadas y casi mil hombres muertos. Pero con el honor de haber ridiculizado al poderoso Imperio español al atacar algunos de sus principales puertos americanos.

Sin embargo, el signo de su suerte había cambiado y durante la guerra entre Inglaterra y España, que ocupó sus esfuerzos en los años siguientes a la derrota de la Invencible, no consiguió ninguna relumbrante victoria. Y aunque atacó La Coruña y Lisboa, al frente de una fuerza formidable formada por ochenta barcos y veinte mil hombres, no consiguió tomarlas.

En 1595, diez años después de su última expedición a América, Francis Drake logró convencer a la reina Isabel para emprender el que iba a ser su último viaje. El objetivo era hacerse con la plata que un galeón español de la flota de Indias había dejado en Puerto Rico a causa de un naufragio y, después, instalar una colonia inglesa en las costas panameñas. En el último momento, la reina exigió que el mando de la flota

(una veintena de barcos y dos mil quinientos hombres) fuera compartido por Drake y Hawkins, sus dos corsarios más experimentados y eficaces. Detrás de tal decisión quizá latiera la idea de compensar la temeridad y arrojo de Drake con la prudencia de su pariente, pero el hecho es que no tardó en revelarse poco acertada pues aquellas dos fuertes personalidades entraron pronto en disputas.

Drake condujo sus pasos hacia la muerte, de error en error, como si una mano invisible le empujara a ello. Se empeñó en conquistar Las Palmas de Gran Canaria, antes de poner proa a América. De ese modo, no solo no logró hacerse con la ciudad sino que dio tiempo a que la flota de Indias llegara a España sin novedades. Más aun, Felipe II pudo mandar cinco fragatas a recoger el cargamento de plata de Puerto Rico y, cuando los corsarios ingleses llegaron al fin a San Juan, no encontraron más que cañonazos. La monarquía española había aprendido del pasado y ahora sus ciudades contaban con numerosa artillería y fuertes guarniciones.

Como una premonición, John Hawkins falleció de disentería a bordo de su navío, el 13 de noviembre de 1595, a los sesenta y tres años de edad. Drake, que tenía ahora bajo su mando a toda la flota, decidió abandonar el asedio de San Juan de Puerto Rico para dirigirse hacia las costas panameñas, no tanto con el propósito de fundar una colonia como con el de probar suerte en la ruta de la plata peruana, que tan buena fortuna le había deparado dos décadas atrás. Pero la historia no volvería a repetirse. Y aunque incendió Santa Marta, Río del Hacha y Nombre de Dios, el preciado metal se le mostró esquivo. Muchos de sus hombres murieron en los combates, entre ellos su sobrino. Y otros cayeron fulminados por la disentería, como le había sucedido a Hawkins, y por la fiebre amarilla como, finalmente, le sucedió también al propio Drake en las cercanías de Portobelo.

Con su muerte, las autoridades españolas creyeron haberse librado al fin de la plaga corsaria inglesa, de aquellos temibles Halcones del Mar que tantos problemas les causaban. Sin em-

bargo, sus incursiones no habían sido más que el inicio de la piratería en América. Después vendría la piratería libertaria de los filibusteros y los bucaneros, sin más amos que ellos mismos y su insaciable codicia (aunque no dudaron en establecer alianzas circunstanciales con Francia o Inglaterra), que desde la legendaria isla de La Tortuga y desde Jamaica convertirían el Caribe en un mar de pesadilla durante un siglo. El Olonés, Morgan, Rakham o Barbanegra serían los nombres propios de la nueva piratería.

La vida de sir Francis Drake había sido una incesante persecución de la riqueza. Un sueño contagioso que ya había llevado a tierras americanas a muchos españoles en busca de Eldorado. Pero los corsarios y piratas, salvo Raleigh que acabó buscando un fabuloso lago de oro en la Guayana, preferían buscar los frutos de Eldorado una vez que estaban a bordo de los galeones españoles. Sus vidas terribles, vistas en la distancia, tuvieron al menos la virtud de hacer patente la feroz doblez del poder. Y la fascinación que sus historias aún ejercen, la misma que llevó a escritores como Stevenson, Conrad, Verne, Salgari o Sabatini a fantasear con sus aventuras, es en el fondo la misma que provocan otros delincuentes más cercanos en el tiempo, como los pistoleros del Far West o los gánsters del Chicago de los años veinte. Son los bárbaros que todos hemos deseado en algún momento ser, los salvajes habitantes de un mundo fronterizo regido por la violencia. En ellos, en sus carnes devoradas por los cangrejos o cosidas a balazos, se exorcizan nuestros demonios.

En el reino de Midgard, la serpiente

Cuenta el libro de *La alucinación de Gylfi*, escrito a principios del siglo XIII por el islandés Snorri Sturluson, que un día el poderoso dios Thor se encontró con un gigante llamado Hymir y que se hicieron juntos a la mar para pescar. Navegaron velozmente y cuando Hymir dijo que habían llegado a un lugar donde él solía anclar y donde la pesca era abundante, Thor le respondió que pensaba ir más lejos. Hymir protestó que ya estaban tan lejos que era peligroso avanzar más, pues de hacerlo corrían el riesgo de toparse con la Serpiente que Rodea la Tierra. De nada le sirvió, pues Thor siguió remando con fuerza. Por fin echaron al mar un anzuelo con la cabeza de un buey como cebo y pronto sintieron un tremendo tirón que no podía ser sino de la Serpiente que Rodea la Tierra. Thor reunió toda su divina fuerza y jaló de la sogá hasta que logró sacar la monstruosa cabeza de la serpiente fuera del agua.

“Y no cabe decir que alguien ha visto cosas espantosas si no ha visto esto –escribe Sturluson–, Thor arrojando miradas feroces a la serpiente y la serpiente, a su vez, mirándolo desde abajo y exhalando veneno. También se dice que el gigante Hymir palideció, se puso amarillo y tuvo mucho miedo al ver a la serpiente y el oleaje que llenaba el barco”.

Quizá fuera ese miedo el que le impulsó a manotear en busca de su cuchillo y a cortar la sogá sobre la borda del barco justo en el momento en que Thor blandía su martillo. La serpiente, librada de su atadura, se hundió violentamente en el mar y tras ella voló el martillo del dios. Y, según se cuenta, fue a acertarle en las profundidades y aplastó su cabeza contra el lecho del mar. Eso se decía. Claro que nadie pudo verlo y, de

hecho, todos creían que la serpiente seguía viviendo en el mar que rodea la tierra...

Ese era el mundo de leyendas en que todavía fue educado durante su primera infancia el joven vikingo Leif Eiriksson, dos siglos y medio antes de que Sturluson dejara constancia de ellas en sus escritos: un mundo en que los dioses Odín, Thor y el artero Loki moraban en la mítica ciudad de Asgard, mientras los hombres habitaban la Tierra, a la que llamaban Midgard, rodeada por un vasto y tenebroso mar en cuyo seno se agitaba la gigantesca serpiente Midgardsormr. Un abismo de agua que no era otro que el océano que se extendía hacia occidente más allá de las costas islandesas. Un mundo que aguardaba la legendaria llegada del Ragnarok, el apocalipsis final de la mitología escandinava.

Pero según la cronología de la nueva religión cristiana, que proclamaba la existencia de un solo Dios y que pronto iba a desplazar a las viejas divinidades en la isla en que residía Leif, Islandia, faltaban tan solo unos pocos años para que llegara otra fecha señalada: el año 1000. La fe en Jesucristo, que se había expandido en aquellos mil años por toda Europa, no tardaría en llegar también al seno de la familia de Leif.

Hijo de un noble noruego llamado Eirik Thorvaldsson, más conocido por el apodo de Eirik *el Rojo*, Leif había nacido en la colonia vikinga de Islandia. Su padre y su abuelo, hombres de carácter severo y enérgico, habían dado muerte en Noruega a algunos de sus adversarios y el camino del exilio en la nueva colonia islandesa, que solo tenía un siglo de vida y contaba con poco más de cuarenta mil habitantes, fue su única salida para escapar de las represalias. Se instalaron en el norte de la isla, en Hornstrandir; y, tras la muerte del abuelo, Eirik *el Rojo* se trasladó a un valle del sur en el que conoció a Thjodhild, una mujer de fuerte carácter que procedía de una importante familia noruega emparentada con la realeza. Se casaron y tuvieron cuatro hijos: tres varones –Leif, Thorvald y Thorstein– y una niña a la que llamaron Freydis.

Leif creció en medio de una naturaleza hostil, en una tierra llena de glaciares, páramos, profundos fiordos y volcanes, una isla cuyas entrañas parecían retorcerse por obra de los mismísimos dioses y cuyos valles y montañas semejabán cicatrices dejadas por la mano de un encolerizado gigante. La severidad de sus padres vino a completar su educación de vikingo dotándole de la fortaleza necesaria para afrontar la vida en las inhóspitas regiones septentrionales del planeta. Una fortaleza no exenta, sin embargo, de equilibrio. El antiguo texto que cuenta su historia, *La saga de los groenlandeses*, le describe así: “Leif era alto y fuerte, de impresionante apariencia; era hombre perspicaz y de conducta siempre moderada”.

Por si no bastaran el frío insoportable y el fuego volcánico, pronto fueron las obras de los hombres las encargadas de poner a prueba ese carácter. La vida en Islandia se había regido más por la fuerza que por las instituciones. Aquella era una sociedad joven formada por ambiciosos colonos cuyas posesiones de tierras y de bienes guardaban aún fresca la memoria del pillaje de un mundo virgen. Las disputas eran frecuentes y la lejana autoridad de los reyes noruegos no regía de hecho en la isla. Para poner coto a tal situación, la sociedad islandesa se organizó en una república aristocrática que contaba con el primer parlamento de que se tiene noticia, el Althing. Pero en la naciente república la resolución de las sangrientas disputas seguía dependiendo más de los apoyos que tuviera cada parte que de criterios de justicia.

Eirik *el Rojo*, como nuevo vecino del valle de Hauka, terminó por enfrentarse con uno de los colonos que allí se habían instalado. Los esclavos de Eirik habían provocado un alud que destruyó la granja de su vecino, y un pariente de este, llamado Eyjolf, tomó expeditiva venganza dándoles muerte. Eirik, que no era hombre que se dejara intimidar, mató a su vez a Eyjolf y, por las mismas fechas, acabó también con la vida de otro colono cuyo apodo da buena idea de sus maneras: Hranf *el Duelista*. Los parientes de Eyjolf lograron que el forastero fuera juzgado y desterrado del valle, y durante un tiempo Eirik y

su familia vagaron por las islas de la costa islandesa sin saber dónde instalarse. Mientras duraba su búsqueda, Eirik dejó al cuidado de un noble, llamado Thorgest de Breidabolstad, los hermosos pilares de madera rituales que habían adornado el trono de su casa en el valle de Hauka. Era costumbre que pilares como aquellos ornasen los hogares de los hombres de alcurnia e incluso de algunos campesinos hacendados. Ricamente tallados, los pilares daban cuenta de la importancia social de la casa, pero sobre todo resultaban imprescindibles, según las creencias vikingas, para saber si los dioses aprobaban una nueva residencia: al arrojarlos al mar, los dioses los dirigirían hacia el lugar en que debía emplazarse el nuevo hogar.

Cuando Eirik decidió finalmente asentarse en una de las islas del Gran Fiordo de la costa oeste islandesa, llamada Oxney (la isla de los Bueyes) y pretendió recuperar sus pilares, Thorgest se negó a entregárselos. De poco le sirvió su negativa, pues Eirik se dirigió a la casa de Breidabolstad y se hizo con los pilares. En la batalla que siguió murieron dos de los hijos de Thorgest y el ansia de venganza vino a enconar la hostilidad entre las dos familias.

Durante algún tiempo, Eirik y Thorgest mantuvieron sendas partidas de guerreros en sus respectivas casas. Otros nobles colonos de la zona empezaron a tomar partido por uno y por otro y, por fin, antes que la disputa degenerara en males mayores, el Parlamento decidió imponer a Eirik un castigo no demasiado severo, pero que sirviera al menos para acabar con las hostilidades: fue condenado a tres años de exilio fuera de Islandia.

Eirik *el Rojo* tomó la adversidad como ocasión para engrandecer su nombre y su fortuna y, para sorpresa de todos, decidió poner proa a poniente, hacia el frío y brumoso océano donde habitaba la Serpiente que Rodea la Tierra. El suyo no era un acto de desesperación ni de locura. Ni siquiera un acto temerario. Todo el mundo sabía en Islandia, desde hacía medio siglo, que al oeste había tierra. Un colono noruego llamado Gunnbjörn, al que los vientos arrastraron en aquella dirección,

había avistado unos grandes arrecifes antes de poder poner rumbo de vuelta a Islandia. Sus descendientes daban fe de que aquello era cierto. Y, por si cupiera alguna duda, no hacía ni un año que otro navegante islandés, Hrólf Thorbjarnarsson, había regresado de una accidentada y violenta expedición en la que había muerto la mitad de sus hombres y, según contaba, él mismo había desembarcado en los arrecifes de Gunnbjörn. El exilio, pues, era la excusa que Eirik necesitaba para emprender un viaje colonizador.

Toda la familia se embarcó rumbo a poniente en el otoño del año 982, cerca del glaciar de Snaeffel. A los pocos días de navegar las frías aguas oceánicas, llegaron a una costa abrupta, ignota y solitaria, en la que desembocaba otro glaciar al que pusieron por nombre Midjokul. La línea de costa que se ofrecía a sus ojos era poco prometedora: azotada por un mar bravo, se perdía en el horizonte como una enorme y gélida barrera. No ofrecía ningún amparo donde intentar levantar un asentamiento, así que decidieron costearla hacia el sur en busca de un lugar propicio o de algún paso que les permitiera volver a poner rumbo a poniente, cosa que lograron al fin, tras contornear un gran cabo. A estribor, la costa se abría en innumerables fiordos y, en ella, las piedras desnudas habían dejado paso a extensos pastos. Como el invierno se echaba encima, Eirik ordenó echar ancla en una de las muchas islas que allí había, en la que permanecieron hasta la primavera.

Con la llegada del buen tiempo reemprendieron la exploración de la costa, que pronto volvió a perderse hacia el norte. Estaba claro que se encontraban en el extremo sur de un vasto territorio, pues, de nuevo, hacia poniente el horizonte no ofrecía otra cosa que el misterio de un mar desconocido. Durante dos años, Eirik y su familia navegaron las costas de aquella nueva tierra, recorrieron páramos y se adentraron en archipiélagos y fiordos laberínticos; y en el recato de uno de ellos, al que dieron por nombre Eirikjord, levantaron algunas casas. La tierra era fría y casi sin árboles, pero había hierba para el ganado y era posible la labranza. Se podía vivir de ella, aunque no prometía

una vida fácil. No importaba, estaban acostumbrados a vérselas con una naturaleza adversa. En el verano del año 985, cuando se cumplió el tiempo de su condena de destierro, Eirik *el Rojo* había tomado ya una decisión: regresaría a Islandia para dar cuenta de sus descubrimientos y para reclutar los colonos necesarios para poblar aquellas nuevas tierras.

Durante sus años de ausencia, la religión cristiana había contado en Islandia con dos activos propagadores: dos obispos misioneros llamados Fridrek y Kodransson. Y aunque no habían logrado la conversión colectiva de los vikingos islandeses, lo cierto es que sus palabras tampoco habían caído en el vacío. Un mundo nuevo se abría a occidente, según contaba a su regreso el valeroso Eirik *el Rojo*, y los viejos dioses parecían aún más viejos en aquellos tiempos nuevos. No era de extrañar que la pasión por la nueva fe se extendiera rápidamente por la isla y que terminara por prender también en el corazón de la misma esposa de Eirik. Por más que este se aferrara aún a sus antiguas creencias, ella no tardó en intentar iniciar a sus hijos, todavía muchachos, en la adoración de Jesucristo.

Que Eirik era hombre testarudo quedó bien probado cuando, al poco tiempo de su retorno a Islandia, volvió a enfrentarse al noble por cuya causa había tenido que exiliarse: el poderoso Thorgest de Breidabolstad. Pero si su honor todavía clamaba venganza, su corazón estaba ya fuera de Islandia. Tras algunos reveses militares, Eirik desistió de sus propósitos y se avino a firmar una paz que le permitió dedicarse plenamente a preparar la colonización de las nuevas tierras occidentales, a las que había llamado Groenlandia (Tierra Verde) en lo que bien podría calificarse de acierto propagandístico pues, según cuenta *La saga de los groenlandeses*, “decía que la gente se sentiría mucho más tentada de ir allí si el lugar tenía un nombre atractivo”.

En el verano del año 986, Eirik y su familia partían de nuevo hacia Groenlandia, esta vez al frente de una flota de veinticinco barcos cargados de enseres y animales. Pero los sueños de muchos de aquellos viajeros se rompieron contra

los escollos de la adversidad: once de los navíos se perdieron en el transcurso de la dura travesía.

Los cuatrocientos colonos que alcanzaron la costa groenlandesa se pusieron de inmediato a la tarea de edificar sus granjas y a trabajar sus nuevas posesiones. Y, durante tres años, la nueva colonia se extendió en torno a la casa señorial de Eirik *el Rojo*, llamada Brattahlid. Se construyeron algunas forjas y pronto la colonia empezó a producir sus propias herramientas y a cosechar cebada y centeno. El pescado ahumado, los musgos y helechos comestibles, las gachas y la cerveza completaban su austera dieta.

Pero la llamada del Nuevo Mundo no había hecho más que empezar. No pasó mucho tiempo antes de que Bjarni Herjólfsson, un rico comerciante islandés que iba a visitar a su padre en la colonia groenlandesa, trajera noticia de la existencia de otras tierras ignotas: su nave había perdido rumbo a causa del mal tiempo y acabó frente a una costa que nada tenía que ver con lo que Eirik *el Rojo* había contado de Groenlandia. La posición del sol señalaba que se hallaba muy al sur, desde el mar se divisaban grandes bosques y no había ventisqueros ni altas montañas. Cuando por fin, tras poner proa al noreste, llegó a la colonia groenlandesa, sus palabras sobre la bonanza de aquellas tierras no tardaron en despertar la imaginación de Leif, el hijo de Eirik, excitada ya por la novedad de la fe cristiana que recientemente le había inculcado su madre y cuya aceptación por el propio rey Olaf había podido comprobar por sí mismo durante el viaje que acababa de realizar a la corte noruega. La nueva religión se había colado en la mismísima alcoba de Eirik pues su esposa, cuya terquedad poco tenía que envidiar a la de su marido, se negó a seguir compartiendo lecho con él hasta que no se convirtiera también al cristianismo, y ni siquiera el que el vikingo le construyera una pequeña iglesia en un lugar apartado de su granja, tal y como ella le había pedido, bastó para hacerla desistir de su actitud.

Leif tuvo que convencer a su padre para viajar hasta aquellas nuevas tierras occidentales avistadas por Bjarni. Eirik, que

había cumplido ya los cincuenta años de edad, se sentía viejo y cansado pero, en el verano del año 999, accedió a emprender la aventura y Leif compró a Bjarni su barco y se hizo con una tripulación de treinta y cinco hombres. Pero el azar, los viejos dioses o la voluntad del que ahora adoraba su esposa hicieron que, el mismo día en que iban a embarcar, el caballo de Eirik *el Rojo* tropezara y en su caída rompiera una pierna del jinete. La rotura era un contratiempo pero, en la supersticiosa mentalidad vikinga, crédula en presagios y adivinaciones, la caída del caballo era un pésimo augurio. Eirik se negó a aplazar la partida hasta su recuperación y dijo:

–No estoy llamado a descubrir más países que este en el que ahora vivo. Aquí ha terminado el viaje, al menos para mí.

De ese modo, Leif Eriksson partió al mando de la expedición sin la experimentada compañía de su padre, aunque este se había encargado de que entre la tripulación estuviera un hombre del sur, un alemán llamado Tyrkir, de corta estatura y aspecto enfermizo, que era amigo de la familia y había cuidado a Leif desde pequeño, razón por la que este le consideraba como un padre adoptivo.

Pusieron proa al oeste y navegaron con confianza hasta que avistaron tierra, aunque no era como la que había descrito Bjarni. Esta era rocosa, estéril y cubierta de glaciares. Leif decidió llamarla Helluland (Tierra de Piedras Llanas) y, sin perder tiempo, se hizo de nuevo a la mar con rumbo suroeste. Algunos días después, avistaron tierra de nuevo y “aquél era un país llano y arbolado, con blancas playas de arena por doquier”. Allí había madera suficiente para satisfacer las carencias de ese material en la colonia groenlandesa. Leif decidió llamarlo Markland (Tierra de Bosques) y, de nuevo sin perder más tiempo, se hicieron a la mar pues esperaba encontrar tierras aún más benignas al sur, como sucedió dos días más tarde.

Habían navegado con un viento del noroeste que les alejó de la costa y dificultó su búsqueda, pero al fin volvieron a divisar tierra y a ella se dirigieron, de nuevo rumbo a poniente. Llegaron a una isla, “bajaron a tierra y miraron en torno. Hacía

muy buen tiempo y el rocío vestía la hierba, y lo primero que hicieron fue recoger unas gotas con sus manos y humedecerse con ellas los labios. Y aquel rocío les pareció la cosa más dulce que habían probado jamás”.

Tras un breve descanso volvieron a embarcarse y se adentraron, ahora rumbo al norte, por el estrecho que separaba la isla de una gran masa de tierra. Rodearon un cabo y se encontraron con unos bajíos en los que la marea descendía hasta casi hacer perder el mar de vista, dejando al barco en seco. Cuando volvió a subir la marea, navegaron hasta la costa, echaron ancla junto a la desembocadura de un río y comenzaron a levantar sus cabañas, dispuestos a pasar el invierno allí y a explorar aquella prometedora región.

El clima era agradable, la hierba abundante y los salmones remontaban el curso del río. Por una vez, la naturaleza parecía convertirse en su aliada. Leif dividió a sus hombres en grupos, dejando algunos al cuidado de las cabañas y enviando a los demás a reconocer el territorio en cortas expediciones, de tan solo una jornada de duración, en las que hallaron campos de trigo silvestre y grandes bosques de arces, pero no encontraron rastro alguno de presencia humana.

Un día, Tyrkir no regresó al campamento. Leif reprendió a sus hombres por haberle abandonado e, inquieto, organizó de inmediato su búsqueda. No se habían alejado mucho de las cabañas cuando vieron llegar a Tyrkir, sonriente y satisfecho.

Leif le preguntó por la causa de su retraso y Tyrkir, cuya euforia le hacía hablar en su lengua alemana, tardó un poco en calmarse y responder en islandés:

–No fui mucho más lejos que vosotros, pero traigo buenas nuevas: ¡he encontrado vides y uvas!

–¿Es eso cierto?

–Desde luego que lo es. Donde yo nací abundaban los viñedos.

No podía haber mejor indicio de la bonanza de aquella región que la promesa del vino. Satisfecho, Leif decidió que había llegado el momento de llevar la noticia de sus descubri-

mientos a Groenlandia y, una vez que llegó la primavera tras un apacible invierno en el que ni siquiera llegó a helar, zarpó rumbo al norte, con su nave cargada de madera y de viñas. Atrás quedaron aquella tierra feraz, a la que había puesto por nombre Vinland (Tierra de Viñas) y sus cabañas, que se levantaban silenciosas y abandonadas en la ribera del río.

De regreso a Groenlandia aún tuvo ocasión de socorrer a unos naufragos, entre los que se hallaban una hermosa mujer llamada Gudrid y su esposo, un matrimonio noruego al que Leif invitó a albergarse en casa de su padre. La noticia de su viaje le valió gran fama y el apodo del Afortunado. Y realmente, como viajero, lo había sido. Las viñas eran la prueba de la bondad de las tierras que había descubierto, de igual modo que su esposa Thorgunna, a la que había conocido en las islas Hébridias, testificaba que la desdicha de un temporal como el que le había arrastrado hasta las costas escocesas años atrás podía ser la ocasión para hallar un inesperado amor. Sin embargo, Leif ya nunca volvería a viajar.

A poco de su regreso, una epidemia acabó con la vida del esposo de Gudrid y con la del propio Eirik *el Rojo* que, de este modo, moría en la antigua fe de los vikingos como punto final de una larga disputa conyugal. Ese mismo año 1000, tal y como había sucedido el año anterior en Islandia, la colonia de Groenlandia adoptó el cristianismo como religión oficial. Leif se hizo cargo de la casa señorial y las muchas obligaciones de su posición le alejaron definitivamente de la vida aventurera, pero sus hermanos decidieron tomar el relevo y continuar con sus descubrimientos. Sin embargo, las sucesivas expediciones que organizaron hasta las cabañas de Vinland fueron desastrosas. En la primera, Thorvald halló la muerte a manos de los indígenas con los que Leif no había llegado a toparse. Después, Thorstein, que se había casado con la viuda Gudrid, lo intentó de nuevo pero ni siquiera logró salir de Groenlandia: una repentina enfermedad acabó con su vida.

Más suerte tuvo un marino noruego llamado Karlsefni, que a su llegada a Groenlandia se había enamorado de la her-

mosa y doblemente viuda Gudrid, con quien Leif le autorizó a casarse. En el año 1020, Karlsefni partió hacia las cabañas de Leif en Vinland, junto a su esposa y a sesenta hombres y cinco mujeres, con el propósito de crear una colonia estable. Pero, al cabo de tres años de esfuerzos y de constantes conflictos con los indígenas, hubo de renunciar a su empeño y regresó a Groenlandia trayéndose consigo un singular prodigio: su hijo Snorri, el único vikingo nacido en Vinland.

Ya no hubo más expediciones a las tierras occidentales o, al menos, no se guarda recuerdo de ellas. Durante los siglos siguientes, la noticia de los hallazgos vikingos tuvo algunos ecos en Europa. En el año 1075, el director de la escuela catedralicia de Bremen dejó escrito que el rey de los daneses, Sveinn Ulfsson, le había hablado de “una isla más de las muchas que se habían encontrado en el océano. Se llama Vinland por causa de sus vides, que producen excelente vino y crecen allí en estado silvestre”. Y a mediados del siglo XII, movido por el afán evangelizador, el obispo islandés Erik Gnúpsson se arriesgó a partir en busca de aquella Vinland legendaria a la que nadie había regresado. Nunca se volvió a saber de él.

Desgraciadamente, los textos de la mayor parte de las sagas islandesas se perdieron en el siglo XIX cuando naufragó el barco que transportaba la colección hacia Europa. Con ellas se perdió también la memoria que atesoraban, como si fuera una manifestación más de una maldición de olvido que se había iniciado mucho antes, cuando empezó a difuminarse el recuerdo de la esforzada colonia de Groenlandia, trescientos años después de que la fundara Eirik *el Rojo*. Interrumpidas las comunicaciones marítimas con Islandia a causa de la peste negra del año 1349, la colonia groenlandesa quedó aislada y fue sucumbiendo al creciente frío de la región, a las penurias y a la soledad. Los esqueletos hallados en sus ruinas han revelado desnutrición, malformaciones y una gran caída de la natalidad. Los últimos vikingos abandonaron definitivamente Groenlandia hacia el año 1480, poco antes de que Cristóbal Colón iniciara su primer viaje, vencidos por la inclemencia de aquella

falsa tierra verde. Y así, primero Vinland y después la misma Groenlandia cayeron en el olvido, como la vieja Serpiente que Rodea la Tierra.

El recuerdo de los dioses de Asgard ha llegado hasta nuestros días gracias a textos como *La alucinación de Gylfi*, pero ¿qué quedó de aquellos hombres y de su aventura? Palabras también, hermosas palabras. Memoria hecha literatura y leyenda en las pocas sagas que se conservan y que dan cuenta de la gesta de su espíritu aventurero. Un espíritu que se alimentó de desesperación, necesidad, valor, codicia, curiosidad y ansia de libertad: lo mejor y lo peor de la condición humana. Como en todas las empresas descubridoras acometidas por el hombre.

Hoy, los historiadores creen que las tierras que Leif Eriksson llamó Helluland y Markland se corresponden con las islas de Baffin y de Terranova, en las costas americanas, y que la fabulosa Vinland estaba en algún lugar de la gran bahía de Fundy, quizás en la ensenada de Passamaquoddy, que está a la entrada de Aquella, justo en la frontera actual entre Estados Unidos y Canadá.

Pero hay más que palabras. En la isla de Terranova, frente a la península del Labrador, en una pequeña ensenada llamada L'Anse aux Meadows, junto a un arroyo que llaman del Pato Negro, se descubrieron en 1961 las solitarias ruinas de unas casas de tipo escandinavo. Las pruebas científicas efectuadas con el carbono 14 señalaron que habían sido construidas, aproximadamente, hacia el año 1000. Ellas son la prueba de la realidad que se esconde tras la leyenda. El vestigio material del paso de aquellos primeros europeos por el Nuevo Mundo.

La duelista

Corría la segunda década de 1600, en las tierras nuevas del virreinato del Perú, en la villa de La Concepción, cuando una noche de timba y bebida que reunía alrededor del verde tapete de los dados a una docena de aventureros españoles, en su mayoría marineros, se vio interrumpida por la llegada a la concurrida casa de juegos de un nuevo visitante. Este fue saludado por todos como “señor Alférez”, por ser soldado de los tercios de Chile. Era mozo de unos veinticinco años y vestía con cierto elegante desaliño. Lucía sombrero con pluma y cintillo azul, golilla de encaje, jubón carmesí y cinturón de terciopelo del que pendía una hoja con gavilán dorado. Su rostro era imberbe, pero de gesto firme, y le precedía la fama de ser diestro con la espada y hombre de genio duro, “tan duro como el hierro de las montañas vascongadas en que había nacido”, al decir de los mentideros de la villa. Hacía poco que había alcanzado el grado de alférez, tras luchar heroicamente en la batalla librada por las tropas españolas contra los indios en los llanos de Valdivia, donde fue herido al lograr recuperar, a golpe de mandoble, el estandarte del gobernador Alonso de Sarabia, robado por un cacique rebelde. Poco tiempo después, el alférez Antonio, pues por tal nombre se le conocía, no había tenido empacho alguno en hacer colgar a otro cacique indio, llamado Francisco Quispiguancha, después de derrotarle en combate. Ejecución que había indignado al gobernador, quien le reprochó el haberse tomado la justicia por su mano y le retiró el mando de la compañía de soldados que tenía a sus órdenes. Razón esta por la cual el Alférez se hallaba en La Concepción desde hacía poco más de un mes.

Se sentó el recién llegado a la mesa, entre las bravuconadas propias de jugadores, y se sumó a la partida con temerarias apuestas que no tardaron en calentar los ánimos de los participantes. Los retos fueron creciéndose de lance en lance hasta que en una mano dieron los dados en quedar montados unos sobre otros. Al verse ases en los de arriba, demandó el jugador que había lanzado que se diera por buena la tirada, a lo que el Alférez repuso que Aquella no era manera de jugar y que debía lanzar de nuevo. Se alzaron las voces y de los insultos no tardó en pasarse a los actos. Desenvainó el soldado y en un santiamén fue a hundirse el acero de su espada en el pecho de su adversario, que se desplomó fulminado.

Toda la casa de juego estalló en tremenda trifulca. Los amigos del muerto se lanzaron sobre el soldado presos de ira, mas este no tardó en encontrar entre los presentes quien le asistiera en la defensa. Uno de ellos, el capitán Miguel de Erauso, había servido con él tres años antes y, a pesar de que las atenciones que el alférez Antonio había dispensado a la amante que aquél tenía habían sido causa de un distanciamiento, el calor de esa antigua camaradería y el hecho de que ambos fueran vascos nacidos en San Sebastián le movieron a ponerse de su lado en la reyerta que no tardó en propagarse más allá de los muros del local. Salieron a la calle los espadachines, hubo cruce de estoques y dagas, juramentos y lamentos, y el propio auditor de la villa, que a la sazón se hallaba en la casa de juegos y que sentía poca estima por el pendenciero Alférez, fue a dar con sus huesos al suelo y rindió su alma al señor justo en el momento en que llegaba la ronda, alertada por tanto alboroto. La situación era insostenible y el capitán Miguel de Erauso señaló al Alférez la puerta de la iglesia de San Francisco. Aquella era su única salida, acogerse a la protección de la iglesia con la esperanza de que el temporal amainase.

Así lo hizo y, durante seis meses, el alférez Antonio Díaz permaneció en el interior de la iglesia, asediado por los hombres que el gobernador, encolerizado, mandó apostar en torno al edificio. Se ofreció recompensa a quien entregara al asesino a

la justicia, se leyó un bando en el que se le prohibía embarcar en ningún puerto de la región y se dio aviso a las guarniciones y plazas fuertes de la provincia para que hicieran cumplir tal prohibición, en caso de que lograra evadir el cerco. Pero el tiempo transcurrió sin que osara el Alférez asomar la nariz más allá de la puerta de la iglesia. La guardia se relajó, los muchos sobresaltos del gobierno de aquellas tierras levantiscas distrajeron la atención de las autoridades y los amigos del asediado se atrevieron incluso a comenzar a visitarle, disfrazados de frailes, para aliviar su cautiverio.

Fue en el transcurso de una de aquellas visitas en el que la desdicha acabó de tejer la malla de su negro traje en torno al Alférez. Uno de sus amigos se presentó en la iglesia con el semblante demudado y la ira en los ojos. Le dijo que aquella misma noche había acordado batirse en duelo con un caballero de la Orden de Santiago que le había desafiado. El problema era que necesitaba una espada amiga que fuera su segundo y no había nadie en la villa como él, Antonio Díaz, que pudiera ayudarle en tal empresa.

Al llamado de la amistad y de la aventura, el Alférez se apresuró a aceptar acompañarle en el duelo, aun sabiendo el riesgo que corría al abandonar el amparo de la iglesia. Rezonaron, comieron algo, que el estómago vacío enturbia la vista, y se echaron a la noche. La oscuridad era tal que ambos amigos acordaron atarse un pañuelo blanco al brazo para poder reconocerse en el combate, no fuera que se hirieran por confusión.

El caballero de la Orden de Santiago no tardó en llegar al lugar de la cita, acompañado a su vez de su segundo. Las tinieblas hacían los rostros invisibles, tan solo se apreciaba la silueta de los sombreros, el vuelo de las capas y el brillo intermitente de los aceros. Solo los dos retados cruzaron breves palabras y sus voces resonaron con la seca y cortés ferocidad de quienes han empeñado su honor a la muerte. Se inició el combate, su danza de gestos apresurados y violentas arremetidas, su música de alientos entrecortados y entrechocar de espadas. Al cabo de un rato, los dos ofendidos yacían en el suelo, mutuamente

heridos, pero sus segundos continuaban el duelo con tanta ferocidad como si hubieran sido ellos mismos los receptores de la ofensa. El alférez Antonio recurrió a todas sus habilidades de espadachín, pues su adversario en realidad era tan diestro como él, y en particular a la estocada que él mismo había inventado y que ya empezaba a ser conocida como “el golpe sin misericordia”. De ese modo, logró al fin hacer llegar el mensaje frío de su acero hasta el pecho de su rival, justo bajo la tetilla izquierda. Y este, al desplomarse, gritó con sus últimas fuerzas:

–¡Ah, traidor, me has muerto!

Aquella voz dejó al Alférez paralizado de espanto. Él la había oído antes y la sombra de un nombre imposible se agitó en su conciencia. Se arrodilló junto al agonizante y le preguntó quién era. La respuesta vino a confirmar sus peores temores:

–Soy el capitán Miguel de Erauso.

No ha habido tormenta alguna, por espantosa y legendaria que fuera, que pueda compararse con la que atravesó el alma de Antonio Díaz al reconocer en su víctima a su antiguo camarada, al hombre que le había ayudado a salvar el pellejo seis meses antes. Ni el oleaje enviado por Poseidón contra el astuto Odiseo, ni los truenos que acompañaron a la armada del rey Felipe II en su fatídica lucha frente a las costas de Inglaterra, ni el vendaval que azota el canal de las Bahamas y ha hecho de aquel mar sepultura de tantos bravos marinos españoles, ninguna manifestación de la Naturaleza alcanza la desolación que generan los mismos humanos a la hora de labrar su infortunio. Por su propia mano, con su propia saña, merced a su destreza y a su ira, el Alférez había atravesado el pecho de un amigo, sin que sus gritos pidiendo confesión para el caído sirvieran para otra cosa que para proporcionarle consuelo en el tránsito al más allá. Pero en aquella muerte morían tantas otras cosas; se escondían tras ella tantas mentiras, que nadie, ni el mismo herido, podía imaginar las nubes de dolor y culpa que se cernían sobre el vencedor soldado. Solo él, solo Antonio Díaz sabía que el capitán Miguel de Erauso, a quien conducían al fin ante el cirujano del gobernador, era más que un amigo

y que un compañero de armas, aventuras y disputas: era su hermano. Como Edipo, había herido de muerte a uno de los suyos sin saberlo, pero en este caso el secreto y la ignorancia iban mucho más lejos. Porque el agonizante Miguel de Erauso iba a abandonar este mundo convencido de haber sido muerto por su amigo el Alférez, ignorante del parentesco que les unía pero también de que Antonio Díaz no se llamaba así y ni siquiera era el hombre duro y temerario que parecía. Su apariencia de bravo soldado no era en realidad sino una máscara y tras ella se ocultaba en realidad una mujer: su hermana, Catalina de Erauso, a quién él no veía desde que ella tenía dos años de edad y de la que no sabía sino que, habiendo sido ingresada en un convento de monjas a los cinco años, se fugó del mismo cuando tenía quince, justo antes de tomar votos, sin que nadie hubiera sido capaz de dar razón de su paradero desde entonces.

La vida de la Monja Alférez es quizás la más estrafalaria y exagerada de cuantas ha dado la historia del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. El traductor de sus memorias al francés, el poeta cubano José María de Heredia, dijo que la suya fue “una vida exasperada”. Y la académica francesa Florence Delay ha señalado el punto de origen de esa exasperación: la tendencia de Catalina de Erauso a tomar las más extraordinarias decisiones “sin más causa que su gusto”. Ella decidió vivir la vida al dictado de su gusto, de sus deseos, de sus impulsos, y lo hizo con una determinación que, en su época, nadie esperaba de una mujer.

Ciertamente, el aspecto de Catalina de Erauso podía llamar a equívoco. Un viajero italiano, que la vio en Roma en el verano de 1626, cuando su fama la había convertido en una leyenda viviente, la describió así: “Grande y de aspecto fuerte, tenía una apariencia más bien masculina y su pecho no abultaba más que el de una niña”. Con el pelo corto y vestida de varón, bien podría tenérsela por hombre. Pero, sobre todo, fue su mejor disfraz el atreverse a ser todo aquello que resultaba impensable que fuera una mujer: fuerte, violenta, militar, altanera, jugadora

y pendenciera. No había afrenta, por leve que esta fuera, que dejara impune. La sumisión era un sentimiento que desconocía. La libertad era su bandera y, de entre todas las libertades, la de correr mundo sin tasa ni miedo era la que presidía su vida.

¿Qué mujer podía ser así, vistiera como vistiera? Ninguna, a los ojos de su época. Quizá por eso nadie llegó a reconocerla. Como si de una comedia de enredo se tratase, a los siete meses de escapar del convento de San Sebastián el Antiguo, en el que se hallaba recluida desde niña, al cuidado de su tía, que era priora del mismo, fue a toparse con su mismísimo padre, el capitán Erauso. Ella se había hecho pasar por un muchacho y tomado el nombre de Antonio, y servía como paje en casa del secretario del rey, don Juan de Idíaquez, en la ciudad de Valladolid. Como tal paje hubo de acompañar a su padre, que a la sazón resultó ser amigo del secretario, mientras esperaba ser recibido. Se miraron en silencio y el capitán no vio ante sí más que a un mozo robusto sin que pudiera pasársele por la imaginación que se trataba en realidad de su propia hija, la misma cuya búsqueda había emprendido y por cuya causa se hallaba en la casa del secretario del rey, dispuesto a solicitar ayuda en sus pesquisas.

Por supuesto, Catalina abandonó la casa al día siguiente, temerosa de ser descubierta, y comenzó así su peregrinar por tierras de España, que la llevó hasta Sevilla y Sanlúcar, después de pasar de nuevo por San Sebastián, por Bilbao y por Estella. Y el Lunes Santo del año 1603 se embarcó al fin en la armada de don Luis Fajardo, rumbo a América, como grumete a las órdenes del capitán Miguel de Echazarreta.

Una de las constantes de su azarosa vida en el Nuevo Mundo fue precisamente la de haber encontrado siempre auxilio y apoyo en aquellos soldados que, como ella, eran originarios del País Vasco. A veces con maneras casi de secta, bastaba invocar su origen guipuzcoano para despertar la simpatía y la solidaridad de los vascos que buscaban fortuna allende los mares, tal como le había sucedido con el capitán Echazarreta.

El recorrido de la Monja Alférez por tierras americanas es tan portentoso como lo fueron sus hechos de armas. De Cartagena de Indias a Nombre de Dios, de allí a Panamá, y después Trujillo, Paita, Saña, La Concepción de Chile, Charcas, Lima, Piscobamba, Tucumán, Potosí, Cochabamba, La Paz y La Plata... De Centroamérica hasta la actual República Argentina, pasando por Colombia, Perú, Chile y Bolivia, anduvo medio continente. Y, como en los versos del *Tenorio*, en todas partes dejó memoria amarga de sí, pues la terrible muerte de su hermano no fue ni la única ni la primera que fue dejando a su paso.

Ya a los dieciocho años de edad, en la ciudad de Truillo, había matado a su primer hombre. Muertos en batalla aparte, a lo largo de su vida acabó, que se sepa, al menos con la de otros ocho, la mayor parte en duelos motivados por disputas de juego, pasión esta a la que era muy dada. Y en dos ocasiones estuvo condenada a muerte, aunque paradójicamente en ambas las acusaciones fueran infundadas, logrando escapar de tan ingrato destino milagrosamente. La primera vez, gracias a la intercesión de un vizcaíno que logró que el proceso fuera revisado. La segunda, mediante un ardid sorprendente. Estando en trance de tomar la comunión antes de ser ejecutada, se sacó la hostia de la boca y tomándola en la mano comenzó a gritar:

–¡Me acojo a la Iglesia! ¡Me acojo a la Iglesia! –para desconcierto de sus verdugos que contemplaban aterrados la profanación de la sagrada forma.

Fue tal el alboroto que acudieron al lugar el gobernador en persona y el obispo de La Paz. Las autoridades y una creciente muchedumbre, reunida al saberse la noticia de tan singular fórmula para acogerse al amparo eclesial, acompañaron al alférez Antonio hasta el tabernáculo de la iglesia donde este depositó la hostia. Durante un mes, el astuto recluso permaneció encerrado en la iglesia, hasta que con la ayuda de un religioso logró escapar en dirección a la ciudad de Cuzco.

En la paradójica vida de Catalina de Erauso hubo tiempo para todo. Para matar y para ser herida (su cuerpo presentaba numerosas cicatrices de flechazos y cortes de daga); para ser

perseguida por la justicia y para impartirla (fue encargada por la Audiencia de La Plata para perseguir delinquentes en busca y captura y en 1618 apresó e hizo colgar a uno de ellos en Piscobamba); para batallar a caballo en el valle de Puren, contra los indios, y en barco contra los holandeses ante el puerto del Callao, donde naufragó y fue hecha prisionera durante algunos días; para jurar como un bellaco en pleno combate e incluso para llorar, aunque ella misma confesara que la primera vez que lo hizo fue cuando contaba veintiocho años de edad y se sentía morir de frío en los Andes... También hubo tiempo para el amor, aunque el suyo fue, por supuesto, algo inhabitual. Empeñada en ser hombre y seguir una carrera militar, como habían hecho su padre y su hermano, pronto se sintió atraída por las mujeres, muchas de las cuales no la miraban con malos ojos. Disputó amante a su propio hermano, intercambió caricias con la cuñada de uno de sus protectores, recibió propuesta de matrimonio de la amante de otro, con el fin de dar una fachada de normalidad a los amoríos que su patrón mantenía con ella, a lo que se negó, como se negó igualmente, algunos años después, a desposar a la hija de una granjera que la acogió tras encontrarla desfallecida por el esfuerzo de haber tenido que atravesar a pie los Andes, huyendo de la justicia una vez más. Y su negativa, según confesó en sus memorias la propia Catalina, fue no tanto por ser ella misma mujer, cosa que no parecía inquietarle en demasía y que por supuesto los demás ignoraban, sino porque la muchacha en cuestión “era muy negra y fea como un diablo, muy al contrario de mi gusto que se ha inclinado siempre por los rostros hermosos”. Su viril disposición hacia las mujeres le llevó incluso a acciones más propias de un caballero andante que de una novicia, como fue proteger a doña María Dávalos, esposa del caballero Pedro de Chavarría, a quien su marido quería dar muerte por haberla sorprendido en amores con el sobrino del obispo. El alférez Antonio acudió en socorro de la dama en apuros, que gritaba como loca desde la ventana de su casa, y huyó con ella hasta La Plata, a fin de ponerla a salvo en la casa de su familia, viéndose

obligado a luchar en el camino con los sirvientes del marido ofendido e incluso a batirse con este.

La enumeración de las andanzas de la Monja Alférez ha subyugado a escritores y eruditos desde el mismo momento en que se supo de su condición de mujer. Condición que terminó por confesar al obispo de Guamanga, a cuyo palacio fue a parar gravemente herida tras una nueva refriega iniciada en una casa de juego. Sintiendo al borde la muerte, Catalina reveló su verdadera identidad al incrédulo obispo, que hizo venir a dos matronas para que testimoniaran la veracidad de lo dicho.

Pero la Monja Alférez salvó la vida, esa vida a la que su cuerpo parecía agarrarse con tanta ferocidad como empleaba en despabilar la de otros. Y la noticia de su historia cundió por la ciudad, primero, y por el virreinato del Perú entero, después, como reguero de pólvora.

Durante veintidós años había vivido como un hombre y no como uno cualquiera sino como auténtico exponente de temeridad y bravura militar, como duelista imbatible y compañero de fiar. Ahora regresaba a la vida conventual de la que había escapado de adolescente. Durante dos años y medio habitó en un convento de Lima, asediada esta vez por la curiosidad de los vecinos, y en el año 1624 embarcó en Cartagena de Indias, de regreso a España, aunque, genio y figura, no pudo evitar sumarse a una partida de dados con la tripulación del galeón que la llevaba, partida que estuvo a punto de terminar en nueva pelea, por lo que se la transfirió a otro navío, a fin de calmar los ánimos.

En España le esperaba también la curiosidad, al principio, y después la libertad, una vez que quedó claro que, pese a su apodo, no había llegado a hacer los votos de monja y por lo tanto no estaba sometida al régimen conventual.

Catalina emprendió viaje a Barcelona, fue asaltada y robada en el camino, cosa que aprovechó para volver a vestir ropa de hombre. Allí obtuvo unos dineros del rey a cambio de sus servicios como alférez. Continuó viaje a Génova, donde se batió con un italiano que había insultado a los españoles

en su presencia y llegó finalmente hasta la mismísima Roma, donde fue recibida por el papa Urbano VIII, quien escuchó maravillado su historia y la autorizó a vestir ropa de hombre el resto de su vida.

De ese modo, Catalina de Erauso se convirtió definitivamente en Antonio de Erauso y como tal se instaló en México, de regreso al continente de sus aventuras, en el año 1645, cerca de Veracruz. La fecha de su muerte es incierta, poco se sabe de su final, salvo que regentaba un negocio de transporte de mulas y que, tal y como señalaron las matronas que la inspeccionaron en su día, seguía siendo virgen.

En una época que alumbraba un mundo nuevo, ella se atrevió a ser lo que pocas mujeres se atrevían siquiera a soñar: dueña de su destino. Hubo en América otras mujeres valerosas, como Inés Suárez, la amante de Pedro de Valdivia que no dudó en capitanear a sus hombres contra los indios, y también algunas otras que vivieron vidas de hombre, como María Leocadia Álvarez, de quien da cuenta Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, que al modo de Catalina abandonó el convento para hacerse llamar Antonio Ita y vivir durante cinco años en matrimonio con una mestiza de vida pecaminosa llamada Martina Bilbao, la cual acabó denunciándola a la justicia por impostora. Pero en Catalina se dio esa rara conjunción de enmascaramiento y arrojo que hicieron que su alma y su vida, como señala José María de Heredia, “fueran las de un hombre de acción”.

La bella y la revolución

En los primeros días de enero del año de 1835, la princesa de Chimay y condesa de Caramán apenas si podía levantarse de la cama. Hacía días que estaba recluida en sus habitaciones a causa de un mal de hígado que, durante catorce años, había ido consumiéndola poco a poco y cuyo rigor se anunciaba ya fatal. Afuera, bajo el frío invierno belga, tiritaban los hermosos jardines que rodeaban su palacio. Y, más allá, se alzaba la rumorosa fronda de los bosques de las Ardenas que cercaban el remanso de paz de su morada. La princesa tenía sesenta y dos años de edad, era una mujer gruesa, de buenas maneras y amante de las artes y de sus hijos quienes, de las más diversas edades, sumaban en total diez. Era una esposa fiel que llevaba treinta años casada con el príncipe, en feliz y placentera unión.

Sin embargo, pocos años antes de aquel frío enero, en una carta dirigida a un viejo amigo, la princesa de Chimay había escrito: “¡Qué novela mi vida! Ya no creo en ella... Hay días que me figuro que veo representar una comedia”. Y, remontando el curso de la memoria, evocaba: “Cuando yo estaba sobre la paja húmeda de los calabozos, veinticuatro horas antes de la guillotina, pensábamos también estar soñando, tanto nos cegaba la juventud acerca del horrible final. Pero el día siguiente fue el 9 de termidor, el día más bello de mi vida, puesto que fui yo misma, con mi pequeña mano, quien derribó la guillotina”.

Aquellas palabras llenas de muerte y de ecos revolucionarios, tan inapropiadas en las tranquilas estancias del Château de Chimay y tan inesperadas en la pluma de su señora, conjuraban sobre el papel el pasado de la princesa, el ya lejano tiempo en que ella vivía en Francia y en el que eran la pasión, la locura, la desmesura, la frivolidad y la violencia las fuerzas que regían su

vida y la del país entero. Los turbulentos años del fin del siglo XVIII, los años de la Revolución Francesa.

El calabozo que evocaba en su carta estaba en la prisión parisina de La Force, y la trágica víspera de su anunciada ejecución era el día 26 de julio del año 1794: el día 8 del mes termidor del año II, según el calendario revolucionario. Entonces no era todavía princesa: en el calabozo donde aguardaba el guiño mortal de la guillotina solo era la ciudadana Teresa Cabarrús. Y de nada le valía haber estado casada con el conde de Fontenay, de quien se había divorciado el año anterior, ni ser la hija del financiero y político reformista español Francisco Cabarrús. Ni siquiera la seductora belleza de sus veintiún años de edad, que tantos hombres había rendido a sus pies, parecía conmover el duro corazón de sus carceleros. Así describe el historiador Miguel S. Oliver su padecimiento: “Dormía sobre una cama inmunda, cubierta de grosero vestido, privada de su ajuar y con los cabellos cortados, en espera de la más horrible nivelación”.

Y no podía haber piedad para la joven española porque la mano que había ordenado su perdición era la del mismísimo Robespierre. Otro de los líderes revolucionarios, Collot d’Herbois, recordaría años después que “no hubo jamás orden que Robespierre presentara en forma que más nos obligase a firmarla”. ¿Por qué aquella inquina? ¿Qué podía temer la cabeza visible de la revolución de una joven más ducha en amores que en palabras? Precisamente eso: la corrosiva influencia de su belleza, capaz de disolver la coraza virtuosa que Robespierre exigía a los representantes revolucionarios del pueblo para que pudieran llevar a cabo con éxito la persecución de monárquicos y traidores. Buena prueba de tal riesgo era que uno de aquellos representantes, el diputado Jean Lambert Tallien, había caído ya en las dulces redes de la hermosa española.

Tallien había sido enviado a Burdeos en octubre del año anterior para gobernar con mano de hierro la ciudad que había sido plaza fuerte de los girondinos, rivales políticos de los jacobinos en el poder. Y había cumplido fielmente su misión durante los tres primeros meses de su estancia, haciendo

guillotinar a cincuenta y ocho personas y detener a muchas otras, entre ellas a un revolucionario español llamado José Marchena, quien pasaría a la Historia con el sobrenombre irónico de abate Marchena y había sido uno de los primeros abanderados de la revolución en España sin que ello le hubiera evitado caer bajo el halo de sospecha que rodeaba en Francia a todos los extranjeros.

Un aviso, que Tallien mandó distribuir por todo Burdeos, había convertido también a la misma piedad en algo delictivo. Rezaba así: “Toda ciudadana o cualquier otro individuo que acuda a solicitar algo a favor de los detenidos, o a fin de conseguir algún beneficio, será considerado y tratado como sospechoso”. Una barbaridad rigorista que, si no implicara tan trágicas consecuencias, resultaría hasta cómica, como lo es la anécdota escrita poco más de un siglo después, en plena Revolución Rusa, por el novelista checo Jaroslav Hasek en uno de sus relatos, en la que da cuenta de un militar soviético que, para propiciar la alfabetización del pueblo, hizo público el siguiente comunicado: “Ordeno a todos los habitantes del pueblo y la comarca que no sepan leer y escribir que aprendan en tres días. Quien siga siendo analfabeto al cabo de este tiempo será fusilado”.

Sin embargo, el despiadado rigor de Tallien se hacía humo cuando quien se atrevía a pedir algo a favor de un detenido era la joven y bella española Teresa Cabarrús. Tallien había coincidido ocasionalmente con ella en los primeros días de la revolución, cuando él visitaba en París la casa de un diputado monárquico constitucional que era el amante de la entonces condesa. Convertida ahora en ciudadana, Teresa Cabarrús seguía teniendo la fascinante aureola de una aristocracia que Tallien envidiaba tanto como detestaba (estaba convencido de ser hijo bastardo del marqués de Bercy, de quien su padre era criado), y una belleza coqueta cuya disputa ya había motivado incluso que dos amigos de la familia Cabarrús en Burdeos, adonde ella se había trasladado huyendo de las turbulencias parisinas, se batieran en duelo: Edouard de Colbert y Auguste

de Lamothe. Ninguno logró hacerse con su amor aunque, según parece, Lamothe, que había sido el vencido, sí que alcanzó a disfrutar fugazmente de sus favores. La herida de la disputa, en todo caso, no separó más que pasajeramente a los duelistas, pues mantuvieron una renovada amistad durante toda su carrera militar, en la que llegaron ambos al grado de general.

Consciente de la devoción que sentía por ella el nuevo hombre fuerte de Burdeos, Teresa Cabarrús intercedió cada vez más por prisioneros y represaliados. Sin embargo, la revolución no solo contaba en Burdeos con los ojos enamorados de Tallien y pronto llegó a París una carta que decía: “Denunciamos al llamado Tallien, representante del pueblo, por tener relaciones íntimas con la llamada Cabarrús, mujer divorciada del ex noble Fontenay, y que tiene tanta influencia sobre él que se ha transformado en protectora de su casta de nobles, financieros y acaparadores”.

Las murmuraciones sobre su intimidad con la española respondían más a los deseos de Tallien que a la realidad, por mucho que a este le hubiera gustado que no fuera así. La bella aristócrata seguía estando fuera de su alcance, pero su devoción hacia ella era real y el resultado de la denuncia no se hizo esperar. En el mes de noviembre, Teresa Cabarrús fue detenida y encerrada en el fuerte de Hâ. Pese a su difícil situación, consiguió hacer llegar una carta a Tallien, en la que solicitaba su ayuda, y este, bajo el pretexto de someterla a interrogatorio, la visitó en su celda de cuyos gruesos muros, para sorpresa de los centinelas, no escaparon los ayes propios de una prisionera atormentada sino otros deleitados suspiros. Sean tales sonidos parte o no de la leyenda amorosa de Teresa, lo cierto es que tras aquel encuentro en el fuerte de Hâ ella fue puesta en libertad y se convirtió públicamente en la amante del feroz Tallien. Y si este se aplicó a la tarea de educarla en los valores revolucionarios, tanto por compartir sus ideales con ella como para apaciguar de ese modo los recelos que provocaba su romance, no menos cierto es que la española supo no solo ganarse sino también ablandar el corazón de Tallien. Teresa

compartía lecho y actos públicos con el joven representante del pueblo (Tallien tenía en ese momento veinticinco años de edad), y con su coqueto sentido de la moda se las apañó para sacar partido incluso de la parafernalia revolucionaria. Así, el 30 de diciembre de 1793, encarnó a la Diosa Razón en las fiestas revolucionarias de Burdeos, y su gracia y su belleza cautivaron a las masas como lo habían hecho en otro tiempo con la aristocracia.

Por su parte, Tallien empezó a sustituir las condenas a la guillotina por multas y, en los cinco meses siguientes, el número de ejecuciones fue disminuyendo hasta el punto de no haber ninguna durante el mes de mayo. Tanta benevolencia, que además no era totalmente desinteresada pues Teresa había decidido hacer compatible el bien ajeno con el propio y, al igual que hacían otras personas, había empezado a cobrar por su intercesión ante las autoridades revolucionarias, irritó tanto al gobierno de París que un nuevo representante, Jullien, fue enviado a la ciudad para sustituir a Jean Lambert Tallien. Con él regresaron los rigores del terror. Las cifras hablan solas: el mismo mes de la llegada de Jullien fueron guillotinas en Burdeos setenta y una personas, y al mes siguiente ciento veintiséis.

Astutamente, Tallien quiso aquietar las revueltas aguas que le rodeaban alejándose de Teresa Cabarrús. Para ello se trasladó a París, donde mantuvo una intensa actividad parlamentaria que le valió ser nombrado presidente de la Convención Nacional. Mientras tanto, la española permaneció en Burdeos y en el mayor desamparo: no solo era detestada por los jacobinos, que la veían como una corruptora de la voluntad revolucionaria, sino que ya no había allí autoridad alguna que pudiera favorecerla en caso de apuro y sobre su amistad con Tallien pesaban la distancia y la prudencia que él le reclamaba.

Tal situación, embarazosa y difícil para los amantes, presentaba inesperadas ventajas para quien quisiera influir sobre el nuevo presidente parlamentario. Solo hacía falta poseer un espíritu maquiavélico y carecer de escrúpulos. Tal era el caso de Joseph Fouché, un ambicioso político que, años después,

sería el creador de la policía de Bonaparte pero que entonces era líder revolucionario en la ciudad de Lyon. Por un lado estaban Tallien, que ostentaba un influyente cargo y cuya pasión amorosa le había llevado a contravenir las directrices de París, y la mujer que amaba, Teresa Cabarrús, que ahora estaba sola y asustada. Por otro lado estaba Robespierre, quien proseguía con su política de eliminación de los enemigos internos de la revolución, categoría esta en la que cada vez encuadraba a más políticos. Primero habían sido los monárquicos, después los girondinos, más tarde los radicales de Hébert y, por fin, el mismísimo Danton. ¿A quién le tocaría ahora? Esa era la cuestión que inquietaba a buena parte de los dirigentes de la revolución pues bajo el pretexto del Terror, que debía depurar al Estado de traidores y corruptos, muchos dirigentes habían cometido verdaderas carnicerías y aprovechado la ocasión además para obtener beneficios personales. Tal había sido el caso de Fouché en Lyon. Deseosos de hacer olvidar sus propios excesos y temerosos de que el virtuoso Terror preconizado por el líder jacobino terminara por volverse contra ellos, pronto urdieron un plan para acabar con Robespierre y exorcizar así en su persona las culpas propias. Pero ese plan exigía un hombre que fuera capaz de hacer frente a Robespierre en la misma cámara parlamentaria donde se le respetaba tanto como se le temía. ¿Quién podía ser tan temerario como para jugarse la vida en el terreno en que los líderes jacobinos habían demostrado ya sus habilidades y su rigor? La respuesta, a los ojos de Fouché, estaba clara: un loco de amor.

Era una apuesta arriesgada y el juego debía llevarse con total discreción y astucia. Robespierre no debía tener el menor indicio de que la traición se estaba urdiendo justo a su lado, entre los hombres que le parecían más incondicionales. Fouché comenzó a mover los hilos con sutileza. Envío a Burdeos a un agente llamado Tascherau con el fin de persuadir extraoficialmente a Teresa de que viajara a París, donde estaría más segura y más cerca de su amado Tallien. Una vez en París, la convenció para que cambiara en varias ocasiones de domicilio,

siempre con prisa, siempre bajo la excusa de su seguridad. Con ello, Fouché lograba que la española apareciera a los ojos de las autoridades parisinas como una sospechosa ex aristócrata que buscaba donde esconderse. Tascherau ordenó entonces un registro de la antigua casa bordelesa de Teresa donde esta, precisamente por recomendación de aquel, había dejado abandonadas sus maletas al cambiar de domicilio. Evidentemente, la española no estaba allí y así constó en el informe del registro. Cuando llegó a oídos de Robespierre que Teresa Cabarrús había abandonado Burdeos y regresado a París, donde se hallaba en paradero desconocido, sospechó que se estaba urdiendo alguna trama contra él y ordenó su búsqueda y captura. Para su satisfacción, Tascherau no tardó en entregársela. Pero Robespierre ignoraba que, de ese modo, lejos de haber logrado abortar la conspiración de sus enemigos estaba contribuyendo a tejer la que habría de perderle definitivamente.

Teresa Cabarrús fue a parar a la prisión de La Force, en cuyos calabozos trabó amistad con otra bella dama prisionera, Rose de la Pergerie de Beauharnais, quien años después cambiaría su nombre por el de Josephine de Beauharnais y contraería matrimonio con un joven y brillante general llamado Napoleón Bonaparte. Con el arresto y la posterior condena a muerte de la española, Robespierre creyó liberar a Tallien de tan pernicioso influencia y a la vez escarmentarle de tal modo que este no volviera a apartarse de sus directrices. Pero Fouché contaba con que la proximidad de la guillotina tuviera un efecto contrario y fuera la presión que ejerciera la bella cautiva la que pesara más sobre el ánimo del presidente de la Convención Nacional. Y así fue.

Al igual que sucediera en el fuerte de Hâ, Teresa hizo llegar una carta a Tallien dos días antes de la fecha fijada para su ejecución. Eran unas pocas líneas, duras, retadoras, llenas de desdén y de desesperación. Una certera flecha dirigida al corazón:

“El administrador de policía acaba de salir de aquí; ha venido a anunciarme que mañana compareceré ante el tri-

bunal, es decir, que subiré al cadalso. Ello se parece poco al sueño que he tenido esta noche: Robespierre ya no existía y las cárceles estaban abiertas de par en par. Pero gracias a tu insigne cobardía pronto no habrá en toda Francia nadie capaz de realizar mi sueño”.

Era el día 7 de termidor y, dada la costumbre del tribunal revolucionario de ejecutar la condena en las veinticuatro horas siguientes al fallo, la fecha de la muerte sería dos días después. Apenas había tiempo. Tallien envió una nota de respuesta a su dolida amada a través de la ventana del calabozo: “Tened, señora, tanta paciencia como yo tendré coraje, y calmad vuestra cabeza”. Era un consejo mucho más fácil de escribir que de seguir. Teresa consumió las que iban a ser sus últimas horas de vida en el extraño ambiente de la cárcel. Allí, la desesperación provocaba las más singulares reacciones. En palabras de la propia Teresa Cabarrús: “Todo el mundo era amigo de todo el mundo. Algunos se sentaban por última vez al banquete de la vida y ofrecían riendo sus adioses eternos. Las diversiones de la infancia presidían la espera de la muerte. En ocasiones se les veía remedar a sus verdugos con mil caricaturas que les hacían reconocibles; así, representando unas veces a los jueces y otras a las víctimas, aprendían a marchar al patíbulo”. Mientras tanto, afuera, la Fortuna se aprestaba a hacer girar su caprichosa rueda.

Al día siguiente, Robespierre lanzaba un violento discurso en la Convención lleno de amenazas hacia los traidores a la revolución, aunque sin precisar a quién estaba acusando, de modo que quien más quien menos la mayoría de los diputados temía encontrarse en la nueva lista de proscritos. Tallien aprovechó el miedo despertado por las palabras de Robespierre para acusar a este de tirano. Y, en un gesto teatral, empuñó un cuchillo y proclamó a gritos ante la cámara atónita: “¡Ciudadanos representantes, me he armado de un puñal para atravesar el pecho del nuevo Cromwell, en el caso de que no tengáis el valor de decretar contra él una eficaz acusación!”. En ese momento, el temor acumulado por la represión de los últimos meses esta-

lló en la sala. Robespierre y los suyos, tras varias peripecias, fueron arrestados y condenados a muerte, sentencia que fue cumplida, con la expeditiva celeridad que el propio Robespierre había puesto de moda, el día 10 de termidor. Con Robespierre comenzaba a morir también una revolución cuyo régimen languidecería, entre 1795 y 1799, bajo el Directorio antes de dar paso al Imperio de Bonaparte.

Así, en una rara pirueta de la vida, la joven española salía a la calle dos días después de que el hombre que la quería muerta entregara su propia cabeza a la insaciable guillotina. Y quien volvía a rescatarla de los brazos de la muerte era Jean Lambert Tallien. Camino de la libertad, cuando ambos cruzaban la isla de la Cité, Tallien fue reconocido por la multitud y aclamado como un héroe. Era la hora de su triunfo. Cinco meses después, el 26 de diciembre de 1794, la agradecida Teresa Cabarrús se casaba con él y, al poco, nacía una hija a la que, inevitablemente, pusieron por nombre Termidor. ¿Cabía mayor felicidad? Desde luego que no. Ya solo cabía la desdicha, y Tallien la recibió con creces.

Durante algún tiempo, Tallien gozó de gran reputación como libertador del país, pero su pasado sanguinario y su torpeza política le colocaron pronto en un segundo plano. Sus debilidades, como la falta de decisión que propició una matanza de emigrados políticos en Quiberon, hicieron que el amor de su esposa, cuyas raíces se hundían más en la gratitud que en la admiración, no tardara en apagarse. Teresa definiría años más tarde sus sentimientos con dos frases lapidarias: “Demasiada sangre en las manos de aquel hombre. Me repugnó para siempre”.

Después del golpe de termidor, la vida parisina volvió a llenarse de bailes y fiestas. Era la recuperación de la alegría de vivir, pero también el regreso del elegante mundo aristocrático depuesto por la revolución. Las grandes damas volvían a abrir sus salones, corría el dinero y, de las tres célebres palabras de la divisa revolucionaria, la igualdad y la fraternidad parecían haber entrado ya en el reino del olvido. Era el retorno del mun-

do de Teresa y el fin de los sueños revolucionarios de Tallien. Nada más natural, pues, que mientras la estrella política de este se eclipsaba, la de su esposa refulgiera como ninguna en la vida social de París.

Por la casa de madame Tallien, un hermoso pabellón situado en la avenida de las Viudas, en la encrucijada boscosa que era entonces lo que hoy se conoce como avenida de Champs Elysées, bebían, cantaban y bailaban políticos, banqueros, artistas y nobles rehabilitados. Uno de aquellos asiduos visitantes era Paul Barras, miembro del Directorio que regía los destinos del país. Y Teresa, educada en la tradición de las grandes damas francesas que, desde madame de Lafayette, proclamaban lo inadecuado de tener por esposo y amante al mismo hombre, quizá con la sensación de haber pagado sobradamente su deuda de gratitud con Tallien, proclive como era al afecto de los hombres más importantes de cada momento, dispuesta también a disfrutar de la vida tras haber estado a punto de perderla, pronto se hizo amante de aquel hombre de cuarenta años de edad, de fisonomía agraciada, de ojos vivos y boca sensual, poderoso, arrogante y de buenas maneras.

En su papel de musa del Directorio, como años antes en el de Diosa Razón, Teresa Cabarrús desplegaba todas sus artes seductoras, en las que combinaba la sabia administración de sus encantos y la discreta naturalidad de sus maneras. Ella impuso en París la moda de las túnicas griegas, casi transparentes, y el pelo corto como postrera revancha de la hermosura contra la costumbre carcelaria, que había sufrido en carne propia, de cortar el pelo a las mujeres. Le gustaba departir con sus invitados y adoraba bailar. En ocasiones, para deleite de todos, lo hacía sola, deslizándose, armoniosa y radiante como una aparición, por el centro de la sala. Madame de Chaternay dejaría un amable retrato de ella en sus memorias: “No creo que se pueda ser más bella de lo que era entonces esta mujer. Me parece siempre verla, como un hada, entre todos los demás, tocada con sus hermosos cabellos negros y sin ningún otro ornato... Los modales de Madame Tallien eran más bien

graves que ligeros, y el ambiente en torno suyo era correcto y de buen tono. Se confesaba amiga del más importante hombre del Directorio, pero su influencia, si es verdad que la ejerció, fue siempre benévola.”

La pública amistad de su esposa con el poderoso Barras era más de lo que Tallien podía soportar. Tenía treinta y un años y no solo se veía relegado de la vida política y sin apenas dinero, sino que no podía exhibir más título que el de esposo cornudo de la mujer más bella de la ciudad. Para huir de la humillación y quizá para rehabilitarse a los ojos de quien seguía cautivando su corazón, Tallien decidió embarcarse con Napoleón rumbo a Egipto, en 1798, en busca de gloria. En la carta de despedida que envió a su madre, explicaba que “me hago olvidar y espero volver antes de dos años a vivir con mi familia, para gozar de una vida honesta y no volverme a mezclar en otros asuntos que no sean los míos”. Pero el tiempo de Tallien ya no era el de Teresa y su partida no hizo sino empujar definitivamente a esta en brazos de Barras. La española justificaría después sus amoríos cargándolos en las cuentas de sus esposos: “¿Es culpa mía si Fontenay me traicionó y me abandonó; si Tallien se marchó a Egipto cuando debía permanecer en París?”

Sin embargo, la educación sentimental de Teresa Cabarrús habría de completarse amargamente en aquellos años de esplendor. El interés que Barras sentía por ella encontró su natural límite en los más altos intereses de la patria y no tuvo inconveniente alguno en cederla como amante del banquero Ouvrard –un hombre guapo, de rostro inteligente y malicioso, devoto visitante del salón de madame Tallien–, a cambio de la ayuda financiera de este. Aquella vejatoria compra-venta devolvió a Teresa a la realidad de su vida: se había convertido en un trofeo, en un símbolo de riqueza y poder. El amor no tenía cabida en su vida, era la hora de la supervivencia. Por otra parte, la estrella política de Barras también empezaba a declinar, así que Teresa decidió ceder a la humillante transacción pues con ella atendía a sus propios intereses y aceptó la amorosa amistad del banquero, aunque impuso su precio: un bellissimo

palacio rodeado de jardines en la rue de Babylone. Frutos de aquella unión fueron cuatro hijos que recibieron el apellido de su ausente esposo: Tallien. Mientras tanto, este se consumía en el desierto egipcio, cada vez más abatido y ajeno al rumbo que tomaba la vida de su esposa. En una carta le daba cuenta de sus penurias: “Carecemos de todo. Desde hace cinco días no hemos cerrado los ojos; estoy tendido en el suelo, las moscas, las pulgas, las hormigas, los mosquitos nos devoran, y veinte veces al día echo en falta nuestro pabellón. Te lo ruego, no te deshagas de él, mi querida amiga”.

Cuando Tallien regresó por fin a Francia, en 1801, supo que Teresa vivía con Ouvrard y, cuando logró ponerse en contacto con ella, esta le informó de su deseo de divorciarse. El reencuentro no había sido lo que Tallien soñaba cuando partió en busca de gloria. Volvía doblemente derrotado y sin fuerzas para nuevos esfuerzos. Resignado, escribió a su esposa una carta en la que le pedía conservar al menos su amistad:

“Las veinticuatro horas que acaban de transcurrir han sido para mí muy penosas; os descubrí ayer por primera vez desde hace tres años, y volví a mi casa extremadamente agitado. ¡El azar me hizo abrir una de esas carpetas que contienen mis papeles y lo primero que hirió mis ojos fueron las cartas que me escribáis desde vuestro calabozo!... Quiero, Teresa, hablaros francamente. Nuestros enemigos, y hasta a menudo nuestros amigos, contribuyen a alejarnos el uno del otro. No creáis que yo quiera hablaros de una aproximación que se ha hecho imposible. Os ofreceré la expresión de un sentimiento que no por ser menos vivo que aquel que causa todas mis penas será menos duradero: me refiero a una amistad franca e inalterable. ¡Adiós, Teresa! Creed que si no sois ya mi mujer a los ojos de la ley, la madre de Termidor no debe menos que seguir siendo la amiga de aquel que, bajo más de un concepto, debe merecer este título”.

De esa manera, invocando el amparo de una antigua gratitud, Tallien sellaba un pacto de amistad con Teresa que duraría hasta su muerte. Su ex esposa no tuvo inconveniente en

permitirle que viviera en una casita de su propiedad, cercana al pabellón que tanto añoraba y que había sido convertido en una fonda.

Los cambios políticos, con la llegada de Napoleón Bonaparte al poder, supusieron un nuevo revés para Teresa Caba-r-rús pues, para su sorpresa, se vio excluida de la nueva corte del emperador pese a haber oficiado de testigo en la boda de Napoleón y Josephine. Precisamente la amistad que unía a ambas mujeres era la que le cerraba las puertas: para Napoleón, Teresa era un permanente e incómodo recordatorio del pasado libertino de la emperatriz. Además, su relación con Ouvrard no contribuía a disipar la fama de mujer fatal que la acompañaba. Cuando por fin Ouvrard, consciente de lo poco beneficioso que le resultaba en la nueva situación su amor con la española, decidió separarse de ella, Teresa se encontró al final de un callejón de difícil salida: el emperador la ignoraba por inmoral, los cada vez menos influyentes herederos de la revolución la detestaban por aristócrata y los aristócratas, que tanto la habían agasajado cuando era la esposa del hombre que había acabado con Robespierre, la despreciaban ahora por sus antiguos coqueteos revolucionarios.

Quiso entonces la caprichosa Fortuna tenderle una mano precisamente desde ese pasado que tanto la atormentaba. El salón de su casa seguía abierto, aunque no gozara ya de la fama de antaño, y en una de las reuniones le fue presentado un hombre alto y elegante, el conde José de Caramán, que había vivido durante años como emigrado en Hamburgo, donde se vio obligado a impartir clases de matemáticas y de violín para ganarse la vida. La sorpresa surgió cuando este le recordó que sus vidas ya se habían cruzado fugazmente una vez en plena revolución, durante el viaje desde Burdeos a París que terminó llevándola hasta la antesala de la guillotina. En un alto en el camino, cerca de Orleans, el entonces joven Caramán la había visto y, deslumbrado por su belleza, le había ofrecido un refresco. Ahora, once años después, le ofrecía también su amor.

La boda civil se celebró el 3 de agosto de 1805. Teresa tenía treinta y dos años, seis hijos y un pasado que habría de perseguirla incluso hasta las posesiones que el conde de Caramán tenía en Chimay, al sur de Bélgica. El hecho de no estar casada por la Iglesia, pues su primer marido, el conde de Fontenay, seguía vivo, y su fama de libertina mezclada en asuntos revolucionarios hicieron que fuera excluida también de la corte del rey Guillermo de Bélgica. Con todo, aquél era un precio pequeño a pagar por el bien que al fin había alcanzado: la paz.

Casi con el mismo ahínco con que se arrojó en brazos del desenfreno en su juventud, la madura Teresa Cabarrús, convertida en princesa de Chimay desde que dicho título recayó sobre su esposo, remansó sus ansias en el seno de un amor tranquilo que le dio cuatro nuevos hijos. Su salón siguió abierto para los artistas y, de hecho, Cherubini compuso su *Gran Misa* en su castillo, pero había desterrado la frivolidad de su existencia.

Un día le llegó la noticia de la muerte de su primer esposo y al fin pudo contraer matrimonio religioso con el príncipe, aunque esto no hizo que sus relaciones con la corte belga mejorasen. Otro día, en 1820, supo de la muerte de su segundo esposo. Tallien había fallecido en la casita que ella le había cedido cuando se divorciaron. Pobre, obligado a vender su biblioteca para poder sobrevivir, paralítico, enfermo de gota y de soledad, con un ojo perdido, incapaz de rehacer una vida que había dado por perdida al perderla a ella, Jean Lambert Tallien mereció en su muerte la siguiente nota del *Diario de los Debates*, de París: “El servicio que el difunto rindió a su país en temidor le permitirá obtener la gracia ante la Historia, contrapesando un papel (en la muerte de Luis XVI) que ha expiado, por otra parte, con veintiséis años de arrepentimiento. Ha muerto pobre. Podemos asegurar que, en sus últimos años, se hubiera visto reducido a la miseria absoluta sin los socorros que una augusta beneficencia le concedía”. El misterioso socorro benefactor no había sido otro que el de la princesa de Chimay, que había seguido carteándose con su ex marido durante todos aquellos años.

Y el 15 de enero de 1835 fallecía la propia Teresa, rodeada del amor de los suyos. Su fama, sin embargo, habría de sobrevivirle. Y su leyenda alimentaría la curiosidad de los historiadores, desde el retrato amable, casi como una santa salvadora de vidas, del español Fernando Díaz-Plaja, hasta la feroz descripción que de ella hizo el francés Arsène Privat: “Teresa estaba dotada de un temperamento exigente. Era necesario que llegase a la inconsciencia, al desmayo, al síncope para ser feliz. Frecuentemente un solo hombre no llegaba a llevarla a este estado y entonces recurría a la amabilidad de un vecino, de un invitado o de cualquiera que pasase por la calle para suplir la falta de fuerzas de su amante fijo”. Sobre ella, tanto tiempo después, siguen proyectando los hombres sus fantasmas.



El dios de la Máquina

Son ya las dos de la madrugada del lunes y ha dejado de llover. En la gran plaza de Grève, que se extiende ante el palacio del Ayuntamiento de París, se escuchan todavía algunos disparos aislados. Los pocos partidarios del líder revolucionario Maximilian Robespierre, que todavía montaban guardia en el lugar, se baten en retirada ante el empuje de las tropas comandadas por Paul Barras que han sido enviadas por los parlamentarios de la Convención Nacional para acabar con su insurrección. Dentro de pocas horas amanecerá el día 10 del mes temido, el 28 de julio de 1794 según el antiguo calendario suprimido por la revolución. Sobre la plaza quedan algunos cuerpos ensangrentados y un calor pegajoso, que parece surgir de las cercanas aguas del Sena, empapa de sudor las guerreras de los soldados.

Una de las columnas parlamentarias, la que dirige el diputado Leonard Bourdon, logra penetrar por el pórtico del Ayuntamiento y ocupa la gran escalera central. Entre la tropa está el gendarme Charles André Merda. Tiene veinticuatro años y el entusiasmo necesario para lanzarse escaleras arriba, pistola en mano, hacia el gran vestíbulo de la primera planta. El grueso de la columna imita su gesto y le sigue en su búsqueda de los cabecillas de la insurrección.

Cuando Merda abre la puerta de uno de los salones, se encuentra con un reducido grupo de insurgentes que le miran paralizados y en cuyo centro, sentado a una mesa, con la cabeza baja y ligeramente ladeada hacia la puerta que acaba de abrirse, está un hombre de unos treinta y cinco años de edad, con el rostro todavía empolvado y las huellas de la fatiga impresas en él. Viste una sucia casaca azul que ha perdido todo esplendor.

dor. La misma casaca que los vecinos de París habían podido admirar hacía unas semanas durante la gran fiesta con que se inauguró el nuevo culto al Ser Supremo, tras unos meses de furioso ateísmo impuesto por los radicales. El hombre de la casaca no puede ser otro que el mismo Robespierre, el líder del club de los jacobinos, el hombre que a los ojos del mundo encarna la revolución y a quien se considera responsable de las ejecuciones de los últimos meses.

Los hombres de Bourdon, que llegaban en ese momento a la puerta del salón, oyeron un disparo y, al entrar, vieron al joven Merda de pie frente a la mesa sobre la que estaba desplomado el cuerpo malherido de Robespierre. Todavía estaba vivo, pero tenía la mandíbula rota por un tiro de pistola y su sangre, que manchaba la polvorienta casaca, había salpicado también una hoja de papel que reposaba sobre la mesa y a cuyo pie se veían escritas las dos primeras letras de una firma inconclusa: Ro...

¿Qué había sucedido para que Maximilian Robespierre, el Incorrutable, el dios de la guillotina, el hombre fuerte de la Convención Nacional, se viera ahora preso, desprovisto de poder y de dignidad, tratado de traidor y de tirano, y condenado a alimentar con su propia cabeza la voracidad de la terrible Máquina? Como en tantas otras tragedias de la Historia, la fatalidad de su destino era fruto de una temible alianza: la de un equívoco y una equivocación.

El equívoco fue ser considerado como la encarnación misma de la revolución, pues con ello Robespierre había asumido en su persona tanto lo que de grandeza había en ella como lo que tenía de espantosa. Pero el primer responsable de tal consideración había sido él mismo. Su carácter introvertido, solitario e idealista, heredero de las tristezas de su infancia de huérfano, alimentaba su firme fe en su capacidad para ofrecer al mundo una república perfecta. ¿Y qué mejor alabanza a sus esfuerzos que verse considerado como el hombre que, en medio de terribles violencias pero guiado por la razón y la virtud, conducía a Francia hacia tamaño ideal?

Escindido entre su decisión de hacer realidad sus sueños y la atroz realidad de una revolución que desataba terribles pasiones, Robespierre vivía en un mar de dudas y contradicciones bajo su apariencia fría y distante.

La suya había sido una de las pocas voces que, en 1791, había defendido la abolición de la pena de muerte; y también se había opuesto a la idea de los diputados girondinos (así llamados por ser en su mayoría de la región de la Gironde) de propagar la revolución por Europa mediante la guerra. Sin embargo, estrenada la nueva máquina de ejecuciones en 1792 y embarcada Francia en una guerra contra las principales potencias europeas y contra los partidarios del Antiguo Régimen, Robespierre se convirtió en defensor del uso ejemplar de la pena de muerte como medio para detener a la reacción y lograr así ganar la guerra.

“El gobierno de la revolución es el despotismo de la libertad frente a la tiranía –había afirmado en un renombrado discurso en el Parlamento, a principios de 1794–. Es necesario ahogar a los enemigos internos y externos de la República o perecer con ella. Si la fuerza del gobierno popular es, en tiempo de paz, la virtud, la fuerza del gobierno popular en tiempo de revolución es, al mismo tiempo, la virtud y el terror. La virtud sin la cual el terror es cosa funesta; el terror sin el cual la virtud es impotente. Y el terror no es otra cosa que la justicia expeditiva, severa, inflexible”.

Aquella actitud había producido, en la práctica, un aluvión de ejecuciones dictadas en los juicios sumarísimos de un tribunal de excepción: el Tribunal Revolucionario. La guillotina de París trabajaba incesantemente y los representantes de la Convención Nacional en las provincias la empleaban con idéntica o mayor frecuencia. Con ella, con la Máquina, la muerte se convertía en espectáculo y escarmiento. Y, al mismo tiempo, hacía realidad la proclamada igualdad pues en el último trance la Máquina volvía a todos iguales: al ladrón y al rey, al noble y al plebeyo. Ya no había una muerte vergonzante y otra digna, una muerte para los pobres (la horca) y otra para la aristocracia (la

decapitación). Ahora todos eran iguales ante la ley, por terrible que esta fuera. La única distinción en París era que los condenados por delitos políticos morían en la guillotina levantada en la plaza de la Reunión y los condenados por delitos comunes lo hacían en la que se alzaba en la plaza de Grève.

Pero la virtud que Robespierre consideraba piedra angular del gobierno de la República, y que reclamaba como instrumento necesario para limitar y guiar el ejercicio del terror, no era moneda tan corriente entre la nueva clase política. Muy pronto los juicios sumarios empezaron a convertirse en meras coartadas para venganzas personales, cuando no eran simplemente obviados, como sucedía en algunas ciudades de provincia en las que los representantes de la Convención usaban el terror para medrar y enriquecerse. Tal eran los casos de Fouché en Lyon, de Barras en Tolon o de Tallien en Burdeos. Como en tantas otras ocasiones, Robespierre olvidaba que trataba con hombres, no con ideas.

Convencido de la rectitud de sus principios, el líder de los jacobinos había recorrido un breve pero intenso camino en la revolución; un camino que le había dado cada vez más poder, pero que también había ido dejándole solo. Primero propició el pacto con los girondinos, los seguidores de Danton y los radicales de Hébert para llevar al rey a la guillotina. De ese modo conjuraba el peligro del retorno monárquico. Después, había pactado con Danton y los hebertistas para acabar con los girondinos. Con ello pretendía evitar que la guerra se convirtiera en una cruzada sin fin y, al tiempo, sometía a las provincias al dictado de París, que era el corazón revolucionario del país. Pero las aguas de la revolución seguían revueltas. Para algunos era el momento de detener la máquina revolucionaria: se había implantado el sufragio universal, que ya era mucho, pero la propiedad privada era un derecho sagrado que no se podía tocar. Para otros, como los seguidores de Hébert y de Jacques Roux, lo que había llegado era la ocasión de hacer realidad la igualdad, repartiendo la riqueza, como una forma de conseguir una auténtica libertad. Unos, como Danton, querían detener

inmediatamente la guerra, al precio que fuera. Otros, como Desmoulins, poner coto a las ejecuciones. Y los había, como Hébert, partidarios de implantar un ateísmo sin concesiones.

La desconfianza de Robespierre hacia unos y otros era creciente. En el mismo discurso en que había proclamado la alianza de la virtud y el terror había dicho también que “los enemigos del pueblo francés se han dividido en dos facciones, una de estas facciones nos empuja a la debilidad, la otra a los excesos”. Muy pronto unos y otros pudieron comprobar que las palabras del Incorruptible no habían sido dichas en vano.

Para acabar con los hebertistas, cuyas ideas socializantes le parecían excesivas y cuyo ateísmo despreciaba, decidió apoyarse en Danton y así las cabezas de Roux y de Hébert no tardaron en rodar. Sin embargo, la lógica que él mismo había puesto en marcha hizo que el Comité de Salvación Nacional decidiera apresar después al propio Danton y a Desmoulins, que era amigo personal de Robespierre, por sus manifestaciones a favor de la clemencia. Y aunque se decía que en un primer momento había intentado impedirlo, el hecho es que finalmente el Incorruptible había transigido con la ejecución de ambos.

Los partidarios de mantener el terror se habían fortalecido una vez más a golpe de guillotina y con ellos, aparentemente, también Robespierre. Pero este tampoco era insensible a las repetidas protestas que provocaban los excesos de la represión, y las noticias que llegaban de provincias sobre abusos y corrupciones le llevaron a criticar ferozmente a líderes como Barras, Fouché y Tallien. Este último, además, reunía en sí mismo los dos extremos que el líder jacobino detestaba, pues tras unos meses de inmisericorde terror se había pasado al bando de los clementes, entregándose a una vida de ociosidad y lujo desde que se había enamorado de la joven española Teresa Cabarrús, con quien convivía en Burdeos. Una conducta que irritó a Robespierre hasta el extremo de dictar personalmente la detención de la joven aristócrata.

A esas alturas de la vertiginosa revolución, Robespierre se había quedado casi solo, apoyado por su hermano Agustín, por

el joven Saint-Just, por los miembros de la Comuna de París, con su alcalde al frente, y poco más. Sin embargo, la derrota de sus directos competidores le hacía sentirse en la cúspide de su poder. La amenaza de los débiles y de los radicales había sido conjurada, había llegado la hora quizá de poner fin al terror, pero no sin antes castigar a quienes lo habían utilizado para lucrarse, hombres sin escrúpulos que seguramente estarían ya conspirando en su contra. Ellos eran el último obstáculo y él estaba dispuesto a derribarlo. Les había llegado el turno y pensaba hacérselo saber en el mismo Parlamento en que se cobijaban. Esa fue su equivocación.

El día 8 de termidor, Robespierre leyó en la Convención Nacional un discurso críptico y amenazador en el que denunciaba la existencia de una conspiración, pero se negó a concretar los nombres de aquellos a los que pensaba acusar. Lo que él pensaba que era un gesto de prudencia se convirtió en realidad en un arma en su contra, pues el miedo cundió como reguero de pólvora entre todos los diputados y no solo entre los pocos que él tenía en mente. Eran ya demasiadas muertes y demasiado precipitadas. Una acusación equivalía de hecho a una condena, sin que hubiera tiempo para esclarecer la verdad, y dado el torbellino de rumores, falsas acusaciones y delaciones que asolaba el país, cada cual se preguntaba si no estaría su nombre entre los que contenía la temible y secreta lista del Incorruptible.

Una cosa era segura: la Máquina iba a funcionar de nuevo. Solo faltaba saber qué cabezas la alimentarían, pero ni Fouché ni Barras ni algunos miembros del Comité de Salvación Nacional como Collot d'Herbois y Billaud-Varenne (quienes desde hacía tiempo buscaban el modo de desplazar del poder a Robespierre) estaban dispuestos a que fueran las suyas. En cuanto a Tallien, en su cabeza no había más que una idea fija: salvar la de su amada Teresa, que aguardaba en la cárcel el día de su ejecución. La noche de aquel sábado se convirtió entonces en la noche de los conspiradores.

Hay reuniones entre las diferentes facciones del Parlamento. Es necesario convencer a los más, pero ¿cómo? Los conspiradores han forjado sus carreras políticas a la sombra del Incorruptible, le conocen bien, le temen como saben que le temen los demás; más aun, pues ellos mismos han sido los ejecutores implacables del terror. Y en ese miedo hallan su mejor argumento. Como una cruel paradoja, utilizan el espejismo del liderazgo de Robespierre como la mejor arma para acabar con él. No se trata ya del despotismo del Comité de Salvación Pública ni de los crímenes cometidos por los representantes de la Convención en las provincias ni de la conspiración que tramaban. Se trata de Robespierre. El tirano es Robespierre, el terror es Robespierre, el conspirador es Robespierre.

Al día siguiente, cuando Saint-Just intenta leer en la Convención Nacional un discurso a favor de Robespierre, Tallien le interrumpe gritando una enigmática frase:

—¡Descorramos la cortina!

Se oyen aplausos, Saint-Just aguarda y el presidente de la sesión, Collot d'Herbois, aprovecha la confusión para ceder la palabra a Billaud-Varenes, quien se dirige a los diputados con gesto grave:

—De lo que tengo que hablar es de un complot. Hay una conjura para destruir la Convención. Hay hombres que os destruirán y así lo han dicho en el club de los jacobinos—. Y con un gesto rápido, señalando a los altos bancos situados a la izquierda de la cámara, llamados de la Montaña, en los que está sentado Robespierre, grita—: ¡Allí hay uno de ellos!

El escándalo que siguió a sus palabras fue tremendo. Los diputados exigían saber los nombres de sus posibles asesinos. Todos miraban a la Montaña en espera de explicaciones. Se sucedieron algunas intervenciones confusas. Lebas, partidario de Robespierre, quiso hablar pero su voz fue silenciada por el griterío.

Cuando Billaud volvió a tomar la palabra se hizo un silencio expectante que este aprovechó para recordar al decapitado Danton y las críticas que contra él vertió Robespierre, aunque

obviando el hecho de que él mismo, como miembro del Comité de Salvación Pública, había sido uno de los responsables de la ejecución. Entonces Tallien, en gesto teatral, blandió en alto un puñal a la vez que exigía a los diputados que decretaran una acusación contra “el nuevo Cromwell”.

Los intentos de Robespierre por hacerse oír fueron inútiles. La caótica sesión, sin embargo, fue poco a poco calmándose. Pasada la primera indignación, nadie parecía saber qué hacer. Hasta ese momento todo habían sido acusaciones abstractas, proclamas contra el Terror, pero nadie se había atrevido aún a pronunciar el nombre de Robespierre. Hubo algunas intervenciones más, que discurrieron por derroteros cada vez más alejados de los intereses de los conspiradores, de modo que Tallien volvió a tomar la palabra:

–Esta discusión tiene que volver al punto de...

Y entonces Robespierre cometió el error fatal. De forma solemne, pero brusca, habló al fin, interrumpiendo a su adversario con una frase lapidaria:

–Ya sabré yo la manera de ordenar de nuevo el debate.

Una simple frase. Unas pocas palabras dichas en tono autoritario que tuvieron la extraña virtud de prender definitivamente la mecha del miedo y de la cólera. La sala estalló en un solo grito:

–¡Tirano! ¡Tirano!

Aquella palabra representaba todo lo que Robespierre aborrecía y ahora se la gritaban a la cara. En vano quiso protestar. Su rostro impasible se congestionó y por primera vez perdió la calma con que siempre acompañaba sus contundentes discursos. Gritó exigiendo el uso de la palabra, pero un acceso de tos le impidió argumentar nada. En ese momento, el diputado Antoine Garnier le gritó desde su escaño:

–¡Es la sangre de Danton la que te ahoga!

–¡Es, pues, a Danton a quien pretendéis defender, cobardes! ¿Por qué no lo defendisteis antes? –logró responder Robespierre.

Pero el diputado Louis Louchet, antiguo partidario de Danton, cortó el debate con un grito:

–Hay que terminar, ¡arrestad a Robespierre!

La Convención votó por unanimidad el arresto de Robespierre, de su hermano Agustín, de Lebas, de Saint-Just, que durante todo el alboroto había permanecido silencioso y despectivo, y del abogado Couthon.

Durante aquella tarde de domingo, los gendarmes llevaron a los presos a diferentes prisiones de la ciudad, pero los partidarios de Robespierre, enterados de lo sucedido y agrupados en el palacio del Ayuntamiento, habían enviado órdenes a todos los barrios convocando al pueblo y llamando a desobedecer a la Convención. Los funcionarios de las prisiones se negaron, pues, a recibir a los presos que así, a media tarde, se hallaban libres de nuevo y en compañía de los suyos. Tan solo faltaba Robespierre.

El líder de los jacobinos se hallaba bajo custodia en un puesto de guardia, pero cuando sus partidarios acudieron a recatarle se negó a abandonar la celda. Afirmaba estar dispuesto a enfrentarse al Tribunal Revolucionario, pero sobre todo le repugnaba actuar ilegalmente, como un delincuente evadido. La legalidad, ya fuera esta benévola o cruel, había sido siempre su obsesión. Finalmente le persuadieron para que se trasladara al Ayuntamiento, pero una vez allí, y a pesar de las presiones de Saint-Just, Lebas y otros incondicionales, se negó a firmar las órdenes para la insurrección contra la Convención. Su actitud no fue, sin embargo, la única sorpresa de la jornada.

Aquella tarde plomiza de verano, bajo un cielo que presagiaba tormenta, no se produjo la misma respuesta popular que los jacobinos habían cosechado en otras ocasiones. El pueblo estaba harto de guerra y de matanzas pero, sobre todo, se había quedado sin sus cabecillas. Porque las multitudes que habían llevado a Robespierre al poder el año anterior no estaban formadas por cultos burgueses más o menos radicales, sino por trabajadores de los barrios pobres. Al guillotinar a Hébert y a los suyos, Robespierre había descabezado a sus posibles defen-

sores. Esta vez no se oía sonar la gran campana de la catedral de Notre-Dame tocando a rebato. El hombre que la había hecho sonar hacía un año, el español Andrés María de Guzmán, había terminado su revolucionario exilio en Francia guillotinado junto a Danton. Esta vez Robespierre estaba realmente solo.

Los pocos cientos de hombres que acudieron a la llamada de la Comuna se esfumaron al anochecer, cuando por fin descargó la tormenta sobre París y una densa lluvia estival lo empapó todo. Ya apenas quedaba nadie en la plaza de Grève cuando llegaron las tropas enviadas por la Convención. Y cuando el gendarme Merda irrumpió en el salón del primer piso del Ayuntamiento, Robespierre, después de más de siete horas de discusiones, seguía sin decidirse a estampar su firma en la orden de insurrección. Un disparo de pistola se lo impidió definitivamente.

Robespierre y sus seguidores regresaron esa misma noche a la prisión, esta vez como hombres fuera de la ley, tras su anterior fuga. Y ser declarado fuera de la ley, bajo el rigor de las leyes auspiciadas por el propio Robespierre, significaba que ya no hacía falta juicio, bastaba con ser conducido ante un tribunal e identificado para tomar el camino de la guillotina. Era cuestión de horas. Una justicia verdaderamente expeditiva.

Cuando llegaron ante el tribunal, los acusados ofrecían un aspecto lamentable. Robespierre, con la mandíbula vendada, a duras penas si podía tenerse en pie. El abogado Couthon, que era parálítico y al que habían arrojado por la escalinata del Ayuntamiento durante su detención, presentaba múltiples fracturas, al igual que el hermano de Robespierre, que se había tirado desde una cornisa. Lebas ni siquiera había llegado ante el tribunal: se había suicidado para evitar ser detenido. Tan solo Saint-Just, con su rostro juvenil, seguía ofreciendo una imagen de altiva y silenciosa dignidad.

Ese mismo lunes 10 de termidor, a las seis de la tarde, veintidós condenados subieron a las tres carretas que habrían de llevarles hasta la guillotina levantada en la plaza de la Re-

volución. Y durante una hora y media padecieron el calvario de su macabro peregrinaje, deteniéndose el cortejo cada tanto para satisfacer la curiosidad del gentío. Todo el miedo de la guerra, toda la angustia del hambre, todo el rencor de meses de muerte y de privaciones se dirigían ahora contra aquellos veintidós hombres y, singularmente, contra el que todos calificaban ya de tirano: Robespierre.

Él había dejado que le convirtieran en símbolo de una revolución que apenas si había podido controlar y ahora se le sacrificaba como expiación no solo de sus culpas sino de los excesos de todos. Era el *deus ex machina* del espectáculo revolucionario, cuya muerte habría de ayudar a resolver la intrincada trama en que se hallaba sumido el país.

Una mujer se le acercó a la carreta en que iba y le gritó:

—¡Monstruo, en nombre de todas las madres yo te maldigo!

Y al pasar frente a la casa en que había vivido, hubo un ruido alto para que un niño pintara la puerta con sangre de buey.

En la plaza de la Revolución se agitaba una muchedumbre que clamaba contra el Terror mientras que toda la maquinaria del Terror se disponía a acabar con quien lo había defendido. Uno a uno fueron subiendo al cadalso. Habían rodado ya veinte cabezas cuando le tocó el turno a Robespierre. Subió tambaleante, fue atado a la plancha y el verdugo le arrancó el vendaje que cubría su mandíbula herida. En toda la plaza resonó su rugido, parecido al de un tigre moribundo. El golpe certero de la guillotina acalló su dolor para siempre.



El buque fantasma

Al inicio de su célebre *Manifiesto comunista*, Marx y Engels escribieron una frase no menos célebre: “Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo”. Medio siglo después, en el verano de 1905, la revolución se hizo símbolo en un barco que surcaba como un fantasma las aguas del mar Negro perseguido por la armada del zar: el acorazado *Potemkin*. Todavía faltaban más de diez años para que en 1917 se proclamara el primer Estado socialista de la Historia pero, durante trece días, el sublevado acorazado *Potemkin* paseó la bandera roja por las costas de Rusia y Rumania, acaparando la atención de los periódicos de todo el mundo y de las autoridades zaristas en especial, inquietas por el descontento y las protestas que, en esas mismas jornadas, se extendían por un país en guerra. El viejo orden se tambaleaba, las masas tomaban las calles y, por increíble que parezca, el origen de semejante estallido social estaba en un mísero plato de carne.

A finales del mes de junio de 1905, la tripulación del buque *Príncipe Potemkin Tavrisheskey*, el acorazado más moderno de la armada rusa del mar Negro, todavía seguía indignada por las noticias que llegaban desde el Lejano Oriente. La guerra que la Rusia del zar Nicolás II libraba desde hacía un año contra Japón no podía ir peor. La armada rusa del Pacífico hacía un mes que había sido aniquilada por los cañones japoneses en el estrecho de Tsushima. En total, diecinueve barcos rusos hundidos, cinco más capturados, cinco mil hombres muertos y otros seis mil hechos prisioneros, entre ellos el almirante Rodjestvensky, comandante de la flota. Del otro lado, los japoneses tan solo habían tenido ciento dieciséis bajas.

Semejante desastre era fiel reflejo del desánimo que cundía en la sociedad y en el ejército rusos, asfixiados por el autoritarismo del régimen zarista y desmoralizados por la guerra. La encarnizada disputa por la región china de Manchuria se saldaba con cientos de miles de muertos, heridos y prisioneros, fruto en gran medida de la propia incompetencia de una oficialidad obsoleta. A ello se unía la miseria que las penurias de la guerra había hecho crecer entre campesinos y obreros, de modo que tampoco habían tardado en multiplicarse las revueltas, los amotinamientos y las huelgas. A principios de ese año, una gran manifestación obrera se había dirigido hacia el Palacio de Invierno, en San Petersburgo, con el fin de entregar al zar Nicolás II un manifiesto en el que se denunciaba el despotismo del gobierno y se exigían reformas económicas y políticas. El organizador de la marcha era un joven sacerdote ortodoxo llamado Gapon que desde hacía tiempo intentaba promover la formación de sindicatos obreros. El papel de los militantes del Partido Obrero Socialdemócrata ruso, tanto los de la tendencia menchevique como los de la tendencia bolchevique, era todavía minoritario. Sin embargo, la reacción del Gobierno, al ordenar a los cosacos abrir fuego contra los desarmados manifestantes causando casi un millar de muertos y más de dos mil heridos, contribuyó a radicalizar las protestas.

En el momento de la destrucción de la flota rusa, la ola de huelgas alcanzaba ya el cuarto de millón y las sublevaciones se extendían por todas las provincias del imperio, desde Finlandia y los países bálticos hasta el Cáucaso y Siberia.

Ese ambiente de agitación social gravitaba sobre la marine-ría del acorazado *Potemkin*, entre cuyos miembros no faltaban militantes socialistas. Pero a la hora del almuerzo del martes 27, el soliviantado ánimo de los marineros pasó del malestar a la abierta indignación. El rancho del día, siempre escaso y nauseabundo, les ofrecía un plato incomedible: carne podrida.

Los marineros decidieron nombrar un comité que presentara su protesta ante el comandante del barco. Al frente del comité eligieron a Vakulenchuk quien, como le describiría la

prensa, “era un conocido agitador socialdemócrata que el año anterior fue ya condenado en consejo de guerra por promover actos revolucionarios en Sebastopol”.

Cuando los delegados se presentaron ante el comandante, la reacción de este fue la que cabía esperar en un militar zarista. No solo se negó a escucharles sino que consideró su mera presencia como una rebelión y allí mismo hizo ejecutar en el acto al bochevique Vakulenchuk. El crimen terminó de enfurecer a los marineros, que se amotinaron y en pocos minutos redujeron a la oficialidad, haciéndose con el control del navío. Tras arriar la bandera imperial, izaron la bandera roja de la revolución cual modernos piratas libertarios, y como tales decidieron en asamblea cuál debía ser el destino del barco rebelde. El puerto más cercano era el de Sebastopol, pero el *Potemkin* puso proa a la ciudad de Odessa que se hallaba en plena huelga general. Allí esperaban encontrar la solidaridad de la población. El acorazado *Potemkin* iniciaba su legendario viaje.

Desde el momento en que el barco llegó a la rada del puerto de Odessa, bandera roja al viento, en la mañana del día siguiente, y se supo la noticia de la insurrección, una niebla de rumores y mentiras envolvió todos los actos de su tripulación. La censura rusa dificultaba las comunicaciones con el extranjero y los telegramas que llegaban a las capitales europeas eran contradictorios, cuando no absurdos, pero sí ofrecían una idea clara: Rusia se sumía poco a poco en el caos social.

Desde hacía varios días, la prensa de toda Europa se hacía eco de los graves disturbios de Polonia, entonces bajo dominio ruso. En la ciudad de Lodz, según el diario español *ABC*, se contaban “561 muertos, 300 de ellos judíos, y 700 heridos tras las colisiones entre el pueblo y las tropas”. Las protestas también habían provocado “colisiones” entre manifestantes y policías en San Petersburgo y en Odessa. Y si las noticias hablaban de masacres perpetradas por cosacos y otras tropas, no faltaban tampoco las que hablaban de insubordinaciones como la acaecida en un regimiento de Lodz en el que “los oficiales han hecho notar que sus soldados se niegan a disparar contra el pueblo”.

La entrada del *Potemkin* en Odessa fue recibida con la noticia de que la marinería “ha pasado a cuchillo a toda la oficialidad”. También se hablaba de que el acorazado había bombardeado el puerto, produciendo un gigantesco incendio. Pero la realidad era otra. Tras una tensa noche de espera, los tripulantes del *Potemkin* decidieron dar sepultura al cadáver de Vakulenchuk. Para ello bajó al puerto una comisión encargada de llevar el cadáver al cementerio. Los obreros portuarios, que se hallaban en plena sublevación, decidieron sumarse al cortejo. Informaciones llegadas vía Londres explicaban que “el entierro dio lugar a una gran manifestación de duelo, compañeros del muerto llevaban el féretro a hombros, cubierto con la bandera de San Andrés. El clero siguió al féretro sin tropa ni policía y no se produjo ningún desorden durante la ceremonia”. Al término de esta, sin embargo, empezaron los enfrentamientos. Los reunidos empezaron a recorrer en manifestación la ciudad y el general Kohanov ordenó a sus tropas abrir fuego contra la muchedumbre, provocando una auténtica carnicería que quedaría inmortalizada, años después, en la reconstrucción de los hechos que llevó al cine el director soviético Sergei M. Eisenstein: la célebre escena de la matanza de la escalinata de Odessa en su filme *El acorazado Potemkin*.

La policía quiso arrestar a los marineros que habían bajado a tierra con el cadáver y la tensión creció al punto que desde el acorazado se disparó una disuasoria andanada de artillería, suficiente para que las autoridades dejaran a los marineros regresar al barco. El balance de la jornada era terrible, más de cinco mil víctimas entre heridos y muertos.

Mientras tanto, un aluvión de contradictorias noticias rodaba por los periódicos del mundo entero. En las mismas páginas que daban cuenta de los sucesos de Odessa se podía leer que “la escuadra de Sebastopol ha echado a pique al *Potemkin* con toda su tripulación a bordo” y, también, que “se ignora cuál es la situación del *Potemkin*”. Sobre todo, cundían los rumores sobre otras insurrecciones en la marina.

Se hablaba de “amotinamientos en cuatro buques de Sebastopol” y “en la escuadra de Liban”. Desde San Petersburgo se informaba que “la marinería se encuentra excitadísima”. Y los obreros de varios puertos más se habían declarado en huelga. Pero, en verdad, ¿cuántos barcos se habían unido hasta ese momento a la rebelión del *Potemkin*? Solo dos: el *Torpedero 267* y un barco de transporte de guerra llamado *Vasha*.

El sábado 1 de julio, tras dos días de disturbios en Odessa y de insistentes noticias sobre el hundimiento del *Potemkin* por la armada capitaneada por el almirante Kriegel, que había acudido a reducirlo, el corresponsal del *Daily Mail* en la ciudad lograba hacer llegar la verdad a sus directores: “No solamente no ha capitulado el *Potemkin* sino que se ha unido a él el acorazado *Georgi Pobiedonovtsev*”.

La flota de Kriegel se había negado a disparar contra el *Potemkin*, y el almirante, temeroso de un motín general en su armada, se había retirado sin lograr evitar que uno de sus navíos se uniera a los sublevados. Las informaciones insistían en la existencia de una vasta conjura revolucionaria en el seno del Ejército imperial, pero lo cierto era que las rebeliones habían sido espontáneas y que los amotinados, mal organizados y en su mayoría con escasa preparación política, no sabían qué hacer ahora con su flotilla insurrecta.

Al día siguiente, el *Potemkin*, el *Georgi Pobiedonovtsev* y el *Torpedero 267* soltaban amarras para abandonar Odessa. La insurrección de la ciudad no conseguía prosperar, y el riesgo de que la armada regresara era muy alto. Pero en la salida de la rada, una mala maniobra de uno de los oficiales del *Pobiedonovtsev* hizo encallar el navío en un banco de arena, poniendo fin así a su aventura. Los otros dos barcos se hicieron a la mar y, la misma tarde de aquel domingo, llegaron al puerto rumano de Constanza. El comandante del puerto, “a quien hicieron los honores”, según relataban los corresponsales en Bucarest, subió a bordo del *Potemkin* para averiguar las intenciones de sus tripulantes. Los amotinados pidieron carbón y víveres, pero ambas cosas les fueron negadas.

Tras una nueva noche de tensión, al día siguiente se les permitió tomar provisiones con la condición de que abandonaran de inmediato Constanza. Aquella misma mañana, el acorazado *Pobiedonovtsev*, todavía encallado a la entrada del puerto de Odessa, se rendía a la armada del zar. Sesenta y siete de sus tripulantes, considerados los promotores de la insurrección, eran enviados a la prisión de Kerch. Según publicaba la prensa: “Se cree que serán fusilados”.

El martes, el *Torpedero 267* y el acorazado *Potemkin* (cuya tripulación había aparecido retratada al pie de los cañones del navío en fotografías que la mostraban más expectante que violenta) abandonaron el puerto de Constanza y desaparecieron en el mar con rumbo desconocido. Los rumores volvieron a dispararse. Se hablaba de que iban a entregarse. Se decía que el almirante Kriegel, cuya armada había hecho un ridículo mayúsculo en la persecución del *Potemkin*, se había suicidado. Se hablaba de más motines en otros buques. Y las diplomacias de Rumania, Rusia y Turquía trataban de coordinar esfuerzos para localizar a los dos barcos. Al día siguiente llegaba al fin una noticia cierta: el *Potemkin* y el *Torpedero 267* acababan de arribar al puerto de Teodosia. Y allí permanecieron hasta el viernes.

Cuando volvieron a zarpar, ya se contaba en la prensa que la ciudad de Teodosia estaba en llamas por los disparos de los barcos revolucionarios y que a bordo del *Potemkin* se había declarado el tifus. Sin embargo, al poco se reconocía que “el *Potemkin* no había causado daño a la ciudad”.

Con el estrecho del Bósforo vigilado, el mar Negro se había convertido en una gigantesca trampa para los marineros sublevados, cuya peripecia, a los ojos de los gobernantes de los diferentes países ribereños, constituía un ejemplo de desobediencia que no debía cundir. No tenían otra salida que la rendición, pero ¿a quién? En la hora final cada barco decidió tomar un rumbo diferente. Mientras el *Torpedero 267* se dirigía al puerto ruso de Sebastopol, la tripulación del *Potemkin* puso

proa de nuevo al puerto rumano de Constanza, al que llegaron aquel mismo viernes 8 de julio.

El líder de los marineros del *Potemkin*, un maquinista llamado Matsuchenko al que las fotos muestran como un hombre de baja estatura y complexión fuerte con la cabeza grande, la nariz de boxeador y la mirada penetrante, encabezó la delegación que negoció la rendición con las autoridades rumanas, que les prometieron pasaportes de emigrados para que pudieran salir del país.

El sueño había llegado a su fin. Antes de abandonar el barco, los marineros del *Potemkin* hicieron pública una proclama contra “las injusticias del régimen autocrático”; en ella solicitaban “el fin de la guerra y la pronta reunión de una asamblea constituyente” que redactase una Constitución democrática para Rusia. Al bajar a tierra se contaron setecientos cuarenta tripulantes. La dotación del acorazado en el momento del motín era de setecientos cuarenta y uno: los sesenta y siete oficiales supuestamente asesinados por los amotinados habían estado en realidad encerrados en las bodegas del barco. Solo faltaba el ejecutado marinero Vakulenchuk.

Dos días después, el *Torpedero 267* se rendía a la armada del zar, cerca de Sebastopol. Y un mes más tarde, los marineros del acorazado *Potemkin*, que finalmente habían sido entregados a las autoridades rusas pese a las promesas recibidas, eran sometidos a juicio. Ocho de ellos fueron condenados a muerte.



Historia en negro

Esta es la historia de Detroit Red, el negro guaperas y re-peinado que trapicheaba con todo en el neoyorquino barrio de Harlem o en el gueto de Boston, durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Alto y fornido, con el pelo rojizo que le valía su apodo, lucía los llamativos trajes de los tipos duros de los bajos fondos: pantalón azul cielo muy ancho en las rodillas y estrecho en los tobillos, chaqueta larga entallada y sombrero azul con una pluma en la cinta. Una cadena de reloj, chapada en oro, asomaba ostentosamente bajo el dobladillo de la chaqueta.

Detroit Red había llegado en 1941 a Boston desde Mason, en el estado de Michigan, cuando apenas tenía dieciséis años, envuelto en un inconfundible aire pueblerino. Se había alojado en casa de su hermanastra Ella, mayor que él, grande y tan buenaza como mandona. Vivían entre negros que se esforzaban en lograr una posición social, negros de los que decían “trabajo en un banco”, cuando eran porteros de un banco, o “vivo con una familia de ancianos” si eran criados o cocineras en casa de blancos. Pero Detroit Red no tardó en empezar a frecuentar los ambientes más canallas del gueto, primero como limpiabotas de una sala de baile y muy pronto como pequeño contrabandista de alcohol y marihuana.

Su ingenuidad de paleta curioso fue desgastándose en la pista de baile y acabó por evaporarse con el humo de los cigarrillos de marihuana que él mismo consumía. La noche de Boston le enseñó también que las rígidas barreras del racismo reinante en Estados Unidos se levantaban parcialmente en la oscuridad: una extraña fiebre sexual, azuzada por el tabú, llevaba a los hombres blancos a comprar los favores de las prostitutas negras, a las mujeres blancas a buscar los amoríos

con hombres negros y a estos a hacer de sus amigas blancas un atributo de categoría social que exhibir en los mentideros nocturnos del gueto. Era tal la afición de los hombres negros a las mujeres blancas que, años después, Detroit Red recordaría cómo su amigo Shorty “estaba tan obsesionado por su amiguita que cuando apagábamos la luz subía la persiana para ver su carne blanca a la luz de las farolas”. Por su parte, Detroit paseaba con orgullo a su novia blanca que, para colmo de envidias, era una chica de familia bien.

Era tal el afán de blanquearse que invadía a los negros del hampa bostoniana que no dudaban en someterse a auténticas torturas con tal de alisarse el pelo. El propio Detroit Red describió el brutal tratamiento a que se sometió: su amigo Shorty, tras preparar un engrudo a base de patatas, soda cáustica y huevos, le dijo que se sentara, le untó el cuero cabelludo con vaselina y se puso unos guantes de caucho. “Cuando te lo ponga en la cabeza –le explicó– te quemará muchísimo, pero cuanto más aguantes, más liso te quedará el pelo”. Comenzó la operación. “Sentí un calor agradable. Poco después la cabeza me ardía. Apreté los dientes y me cogí con todas mis fuerzas a los bordes de la cocina. Tenía la impresión de que el peine me arrancaba la piel. Me lloraban los ojos, se me taponaba la nariz. No podía más. Me arrojé sobre el lavabo”.

El tormento había valido la pena, por fin tenía el pelo liso y pegado a la cabeza. Años después, no podría evitar reírse de sí mismo: ¡“Qué ridículo era! Admiraba en el espejo a un negro con cabellos de blanco”. Y con esos mismos cabellos se trasladó a Harlem, donde se alojó en una enorme casa de Saint Nicholas Avenue habitada mayoritariamente por prostitutas. Pronto empezó a trabajar de guía sexual para blancos adinerados que buscaban placeres fuertes en la noche de Harlem, y entre marihuana y cocaína supo de las singulares preferencias de los poderosos de la raza superior: sesiones de latigazos, mirrones que gustaban de ver copular a un negro con una blanca, o aburridas esposas de políticos y de hombres de negocios que

alquilaban a gigolós negros y les hacían entrar en sus casas so pretexto de llevarles un paquete.

La vida de Detroit Red comenzó a complicarse cuando entró en el negocio de las apuestas clandestinas y un malentendido hizo que su jefe creyera que le engañaba. Durante varios días recorrió aterrorizado el barrio, pistola en mano y atiborrado de drogas para mantenerse en tensión, jugando al gato y al ratón con sus perseguidores, hasta que su viejo amigo Shorty vino a rescatarle y juntos regresaron a Boston. Allí se dedicaron a desvalijar casas, en compañía de su antigua novia blanca y de la hermana de esta, hasta que la policía le detuvo siguiendo la pista de un lujoso reloj que había robado. De esa manera, a los veintiún años, Detroit Red fue a parar entre rejas, más culpable si cabe del escándalo de sus amores con una blanca que de sus robos. Volvía a estar encerrado, como cuando todavía se llamaba Malcolm Little, tenía trece años de edad y fue a parar al reformatorio de Mason, en Michigan.

Esta es la historia de Malcolm Little, el niño negro de piel clara y pelo rojizo que fue víctima del racismo incluso antes de nacer, que supo del hambre, de los riesgos de recibir ayuda de los blancos y de las razones por las que un niño negro nunca podría ser abogado.

Malcolm Little nació el 19 de mayo de 1925 en Omaha, pero “cuando todavía estaba en el vientre de mi madre, una banda de caballeros del Ku-Klux-Klan encapuchados entró en nuestra casa, profirieron amenazas y galoparon alrededor de ella rompiendo todos los cristales que pudieron con las culatas de sus fusiles”. Aquel fue el primero de los muchos ataques que habría de sufrir en su vida.

Al poco de nacer él, la familia comenzó una serie de mudanzas, de ciudad en ciudad, hasta asentarse en Lansing, dentro del estado de Michigan. Y, en todas partes, los mítines y las ceremonias religiosas que oficiaba su padre, un reverendo pastor bautista entusiasta seguidor de las tesis del líder negro Marcus Garvey, defensor de la superioridad de la raza negra

y del regreso a África, les acarrearón problemas. De su padre heredó Malcolm Little el tesón y la firmeza en sus convicciones: “Yo me sentía muy orgulloso de la cruzada militante de mi padre. Muy joven aún, sabía, por lo que oía decir, que mi padre decía cosas que hacían de él un «duro»”.

Un día su padre salió de la casa y cuando volvieron a saber de él yacía en una camilla del hospital, cubierto por una sábana, con media cabeza aplastada y el cuerpo casi partido en dos. Unos blancos le habían dado una brutal paliza y habían abandonado después su cuerpo sobre las vías del tranvía, que lo arrolló. La viuda se quedó a cargo de siete niños sin más recursos que los que le proporcionó uno de los dos seguros de vida que había suscrito su esposo (el otro se negaron a pagárselo aduciendo que la causa de la muerte podía haber sido suicidio), pero aquel dinero no tardó en evaporarse. Mujer nerviosa y de arraigado orgullo, la creciente pobreza, que le obligó a pedir ayuda a la Asistencia Social, empujó a la madre de Malcolm Little a una aguda depresión nerviosa.

Antes de que los blancos funcionarios de la Asistencia Social hubieran acabado de inmiscuirse en los problemas familiares, Malcolm Little se había visto obligado ya a robar de vez en cuando fruta para tener algo que llevarse a la boca. Su madre empezó a desvariar y a lanzarse a interminables monólogos que la hacían descuidar tanto a los niños como a la casa. Por fin fue ingresada en el manicomio de Kalamazoo, en el que permaneció recluida durante veinticinco años, mientras sus hijos eran repartidos entre varias familias. Malcolm Little tenía once años y fue a parar a casa de unos amigos, donde disfrutó de unos pocos meses de paz. En la escuela coincidía con su hermano Philbert, que era buen boxeador. Malcolm quiso imitarle, pero dos rotundas palizas a manos de un rival blanco le quitaron definitivamente la idea de la cabeza. Desgraciadamente, no hubo nadie que le quitara la de ponerle un clavo en el asiento de la silla al profesor de Historia. De modo que, además de ser expulsado del colegio, fue enviado al reformatorio de Mason.

La fortuna hizo que la institución estuviera dirigida por un matrimonio blanco que, según el mismo Malcolm, “eran muy buenas personas”. Así, él se convirtió en una especie de mascota del lugar, un “negrito” que se esforzaba por aprender y al que pronto se permitió acudir a la escuela del pueblo. En sus aulas, la alegría y la conformidad de Malcolm Little se estrellaron contra la realidad: por muy bien que le trataran, él solo era un negro. El encargado de hacérselo saber fue el profesor de Literatura, el día en que le preguntó qué pensaba ser de mayor:

“Le dije que quería ser abogado. El señor Ostrowski quedó sorprendido. Sonriendo me dijo: «Malcolm, en la vida hay que ser ante todo realista. Aquí todos te queremos, ya lo sabes, pero tú eres un *nigger*. Ser abogado no es una ambición realista para un *nigger*. Tienes unas manos muy hábiles. ¿Por qué no te haces carpintero?»”.

Que aquel niño negro de cabellos rojizos fuera el alumno con mejores notas de la clase no bastaba para que pudiera llegar a convertirse en un hombre de prestigio. En su autobiografía, Malcolm afirmaría que “fue entonces cuando empecé a cambiar interiormente”, pero ese sería un proceso de transformación largo. Y, mucho antes de concluirlo, abandonó el reformatorio y se trasladó a Boston. Lo que el profesor Ostrowski no podía imaginar es que, con el tiempo, cuando Malcolm Little hubiera cambiado su nombre por el de Malcolm X, una multitud de alumnos y profesores universitarios se reunirían en la prestigiosa Universidad de Harvard para escucharle pronunciar una conferencia en la que proclamaba su orgullo de ser negro.

Esta es la historia de Malcolm X, el líder negro que clamó contra los diablos blancos, que reclamó el derecho a la violencia, que creyó ciegamente en el islam y en que el pueblo negro era el elegido de Alá, pero que vio su vida truncada cuando al fin había encontrado un equilibrio entre la radicalidad de sus ideas y la necesidad de buscar un punto de encuentro entre blancos y negros.

Malcolm X volvió a nacer en la soledad de la cárcel en que cumplía condena de diez años por robo, tras sus andanzas por Boston y Harlem. Es en la desesperación, en la desmesura y en los propios abismos donde se forja definitivamente el carácter de algunos excepcionales seres humanos; de ese descenso a los infiernos se vuelve completamente corrompido o iluminado con la propia verdad, por terrible que esta sea, y dispuesto a hacer de la dignidad humana el martillo destructor de la doble moral de toda sociedad establecida. “Ningún negro americano se había hundido tan profundamente en el fango como yo –confesaba Malcolm X poco antes de su muerte–, pero la luz más pura brilla siempre después de la noche más profunda; hay que haber conocido la esclavitud y la cárcel para disfrutar plenamente de la libertad”.

Y en la cárcel, donde su desesperación y agresividad le habían valido el mote de Satán, Malcolm X supo, a través de las cartas de sus hermanos, de la existencia de una organización llamada Nación del Islam, a la que estos se habían adherido. El líder de la misma, Elijah Muhammed, predicaba el orgullo negro, afirmaba que el Primer Hombre había sido de raza negra y que el demonio vivía encarnado en los hombres blancos. Su reivindicación era la absoluta separación de razas y exigía que se entregara un estado del sur (California o Florida) a los negros norteamericanos, para que pudieran vivir independientes.

Malcolm Little, alias Detroit Red, alias Satán, se convirtió fervorosamente al islam, dedicó sus años de prisión al estudio y la lectura, y salió con tal brío de la cárcel que no tardó en convertirse en portavoz de la Nación del Islam y brazo derecho de Elijah Muhammed. Abandonó las drogas y el alcohol, contrajo matrimonio y se cambió de nombre. Ahora se llamaría Malcolm X y esa X representaba a todos los negros que habían perdido su nombre al ser arrancados de África y llevados como esclavos a América. Era más que un cambio de nombre, era una proclama: los negros tenían que liberarse de toda ligazón con los blancos, incluso de los apellidos que estos les habían dado.

La radicalidad de su discurso, que proclamaba el odio racial contra todos los blancos sin distinción, le llevó a enfrentarse a los sectores de la comunidad negra que pretendían una integración en la sociedad norteamericana en igualdad de derechos y que, tomando la no violencia por lema, tenían como líder a Martin Luther King.

Sin embargo, también la Nación del Islam acabó decepcionando a Malcolm X. A finales de 1963 fue cesado como portavoz de la misma. No solo había descubierto que su admirado Elijah Muhammed tenía una visión mesiánica de sí mismo, sino también que su idea de altruismo incluía dejar embarazadas a sus secretarias. Malcolm X fundó su propio grupo, siempre fiel al islam, religión en la que inició a otras celebridades del mundo negro como el púgil Cassius Clay, e inició una revisión crítica de sus posiciones que le llevó a afirmar que blancos y negros debían trabajar cada cual con sus propias organizaciones, pero por un mismo objetivo: el fin de todo racismo.

Aquella atemperación de sus ideas no evitó que su figura siguiera despertando el odio de los radicales blancos, al que vino a unirse el que le profesaban ahora sus antiguos correligionarios de la Nación del Islam. Las tensiones raciales en Estados Unidos habían crecido de forma tan alarmante durante los años sesenta que el mismo Malcolm X afirmó: “Mis métodos son radicalmente opuestos a los del doctor Martin Luther King, apóstol de la no violencia (doctrina que tiene el mérito de poner de relieve la brutalidad del blanco respecto a los negros), pero en la atmósfera que reina actualmente en América, me pregunto cuál de los dos «extremistas», el no violento doctor King o el violento Malcolm X, morirá primero”.

El 21 de febrero de 1965, tres pistoleros que decían pertenecer a la Nación del Islam le dieron la respuesta, acribillándole con dieciséis balazos durante un mitin en Nueva York. El doctor King le seguiría tres años después, víctima de otro atentado que quedó sin resolver, como ya había sucedido en el campo de los líderes blancos con los asesinatos del presidente John Fitzgerald Kennedy y del hermano de este, Bobby.

Una semana antes de ser tiroteado, unos desconocidos atacaron la casa de Malcolm X, al igual que la noche en Omaha cuando él aún no había nacido. Tras su muerte se habló de participación del FBI o de la CIA en su asesinato, extremo que quedó sin esclarecer aunque sí se sabe que sus verdugos fueron realmente radicales vinculados a la Nación del Islam. Sobre su tumba, una lápida reza su nombre islámico, el que quiso dejar a la posteridad: El-Hadj Malik El-Jhabbazz. Pero la Historia ha querido que sea la anónima X de su apellido la que perviva en la memoria de los hombres.

Tras las huellas de los moriscos

Esta historia es la de un viaje en el espacio y en el tiempo. Comenzó hace cuatrocientos años. Es pues una vieja historia, llena de amores, traiciones, ambición y muerte, como toda buena historia, cuyo recuerdo ha ido evaporándose en el desván de la memoria colectiva hasta convertirse en polvo. Pero es también una historia actual. Empezó en el año 1610, en un pueblecito de Extremadura llamado Hornachos, y todavía continúa hoy en la capital del reino de Marruecos, Rabat.

Sus primeros protagonistas fueron algunos de los moriscos, descendientes de los musulmanes españoles que permanecieron en España tras la caída del reino de Granada, en el año 1492, y que fueron expulsados del país por el rey Felipe III a principios del siglo XVII. Sus vidas fueron tan desventuradas como habían profetizado los textos clandestinos con que alimentaron su fe islámica en la España dominada por los cristianos. En la nueva patria de su exilio, Rabat, a partir del año 1610, hicieron verdad los versos de la profecía que, poco antes de su expulsión, les había descrito así: “Son los perseguidos, son los atribulados, son los destruidores de sí mismos”. Pero, cuatro siglos después, su sangre sigue latiendo en las venas de los protagonistas de hoy, sus descendientes: los andaluces de Rabat.

La ciudad de Rabat no tiene el tamaño de la industrial Casablanca ni la fama exótica de Marrakech ni una medina gigantesca como la de Fez. Es una ciudad de amplios barrios modernos, más administrativa que turística, en la que el viajero puede entablar conversación con los lugareños sin que la charla termine en propina, y recorrer sus calles sin verse perseguido por niños mendicantes. Pero bajo la concha laboriosa y ajetreada de capital del reino se esconde la perla de su barrio

viejo: las callejuelas de la medina y de la ciudadela de la kasba, la fortaleza que preside la desembocadura del río Bou Regreg. Las mismas calles que fueron el escenario de la azarosa vida de una república pirata independiente llamada de Salé, por ser este el nombre que la ciudad tenía en el siglo XVII, y que fue fundada por los moriscos españoles a su llegada a la villa. Durante casi medio siglo, aquella república se convirtió en azote de las armas cristianas, ya fueran españolas, francesas o inglesas. Sus incursiones llegaron hasta la remota y fría Islandia, donde saquearon la ciudad de Reykjavik, e incluso se atrevieron en alguna ocasión a disputar a los temibles filibusteros los tesoros de las costas del Caribe. A tal punto llegaron la fama y el temor a los corsarios del Salé que el mismísimo cardenal Richelieu ordenó el asedio marítimo de la república morisca, y los embajadores de Holanda, Inglaterra y España pugnaban por ganarse los favores o, al menos, la neutralidad de la flota saletina en la larga guerra que colapsaba Europa y que ha pasado a los libros de Historia con el nombre de Guerra de los Treinta Años.

La medina de Rabat no produce el espejismo de un laberinto infinito, como los que pueblan los relatos de Borges, sino más bien la sensación de recorrer uno de esos laberintos domésticos que abundaban en los jardines barrocos: enrevesados pero placenteros, hechos a la medida del hombre y no del Minotauro. Su dédalo de callejones estrechos de paredes blancas, sobre las que destacan hermosas puertas pintadas de azul, de amarillo o de rojo, se organiza en torno a cinco calles principales. Tres que lo recorren verticalmente, paralelas al río: la avenida Mohamed V, la rue Sidi Fatah y la rue des Consuls. Dos que lo atraviesan horizontalmente, paralelas al mar: el bulevar El Alou y la larga calle de los mercados, la rue Souika, que nace en el Mercado Central y muere a orillas del Bou Regreg. De noche, adentrarse en la laberíntica medina tiene mucho de enigma, más aún si el viajero lo hace siguiendo los pasos de un hombre encapuchado que le conduce, alumbrando el camino con un farol de luz amarillenta, hasta la puerta

del restaurante que tiene merecida fama de ser el mejor de la ciudad, el Dintartjat.

El hombre del farol se llama Hicham Kbaili y es un estudiante de Derecho que se gana así la vida, encarnando el papel de guía luminoso. Y el restaurante Dintartjat esconde en su interior un patio cubierto y rodeado de columnas que traslada al viajero a tiempos de perdido esplendor, aunque en realidad la casa que lo alberga tiene menos de dos siglos de vida. Son gratas escenografías en honor del visitante que preparan el espíritu para el encuentro con el verdadero pasado, el que llega de la mano del trío de músicos que ameniza la cena: la música andalusí que trajeron hasta Marruecos las sucesivas oleadas de musulmanes expulsados de España. Una música cuya vecindad con el flamenco es evidente incluso para un oído sin cultivar.

Al compás de las melodías andalusíes es fácil echar a volar la imaginación hasta el remoto día en que los moriscos españoles llegaron a la desembocadura del Bou Regreg. El Bou Regreg era entonces, como lo sigue siendo hoy, un río sinuoso de orillas arenosas y aguas traicioneras que hacían la navegación extremadamente difícil. En su orilla izquierda se levantaban los restos de una antigua y amurallada *ribat* (campamento amurallado, de donde le viene el nombre actual de Rabat), edificada en el siglo XI por el poderoso Almanzor. En el extremo norte de la *ribat* había una casba, una gran fortaleza que albergaba en su interior una pequeña ciudadela de calles tortuosas. En la orilla derecha estaba la villa de Salé poblada por piadosos musulmanes que se dedicaban a la pesca y al comercio.

Las dos orillas del Bou Regreg pronto iban a estar separadas por algo más que un cauce de agua. Y todavía hoy, la villa de Salé guarda su enfrentada personalidad con Rabat, pese a que un puente y la administración municipal las hayan unido.

La apacible vida en la desembocadura del Bou Regreg empezó a cambiar el día en que 3.000 moriscos españoles, vecinos casi todos del mismo pueblo extremeño de Hornachos, llegaron a la villa de Salé reclamando la hospitalidad de sus habitantes. Se habían contado entre los primeros moriscos expulsados por

el rey de España, dudoso privilegio que se debía a su fama de rebeldes y orgullosos, de la que daban testimonio las muchas historias que se contaban sobre los rituales que practicaban para librarse de la señal del bautismo y sobre los arsenales de armas que, según se decía, ocultaban en cuevas para alzarse contra los cristianos que habían ido a instalarse en la rica vega del río Matachel donde se alzaba la villa de Hornachos y de la que habían sido expulsados sin contemplaciones aunque, tal vez en reconocimiento a su valor y tenacidad, sí que se les había autorizado a llevarse muchas de sus riquezas, para frustración de los cristianos que contaban con engordar sus faltriqueras gracias a ellas. Eran los derrotados hermanos de Al-Andalus, pero sus maneras, costumbres e incluso creencias religiosas, después de más de un siglo de vida en un país oficialmente cristiano, no hacían sino escandalizar a los musulmanes de Salé.

Los moriscos vestían a la europea, sus mujeres iban descubiertas, los hombres gustaban de beber vino y la lengua en que se expresaban habitualmente era la castellana. Incluso había entre ellos algunos que se proclamaban cristianos y no hacían sino quejarse de la injusticia de su expulsión, como dejó escrito Miguel de Cervantes en *El Quijote*, uno de cuyos personajes, Ricote, encarnaba la desdicha de aquellos moriscos que, convertidos sinceramente al cristianismo, se vieron arrojados de España. Por todo ello, los recién llegados pronto fueron designados por los habitantes de Salé como “los cristianos de Castilla”, pues es cruel paradoja del exilio el perder una tierra sin llegar a ganar otra. Así, los moriscos españoles eran musulmanes a los ojos de España y cristianos a los de sus nuevos vecinos de Salé.

Rechazados en la villa de Salé, los 3.000 hornacheros decidieron instalarse en la *ribat* abandonada que se alzaba en la otra orilla del río. Al igual que había sucedido un siglo atrás, con la llegada de los judíos expulsados de España, pronto la comunidad de los moriscos dio muestras de una gran capacidad de organización. No en vano España se había deshecho, sucesivamente, de dos comunidades en las que abundaban

comerciantes, médicos, artistas, artesanos y agricultores. No tardaron los hornacheros en conseguir del señor de Marrakech, el sultán Mawley Zaidan, el encargo de custodiar la casba. Y al cabo de unos pocos años, en 1627, una vez bien implantados en la ciudadela, proclamaron su independencia.

La huella de su paso por la ciudad es todavía hoy visible en la larga muralla rojiza que cierra el lado oriental de la medina de Rabat. Se la conoce como la “muralla de los andaluces” y fue edificada por los moriscos de Hornachos cuando propiciaron la llegada a la villa de más exiliados de España, a los que asentaron en lo que hoy es la medina, y con los que constituyeron una república dedicada a la piratería. Salé la Nueva, como se la conocía entonces, se convirtió pronto en un activo centro comercial y en lugar de cita para los profesionales del curso venidos de media Europa, que pusieron sus conocimientos al servicio de los emprendedores hornacheros. Entre aquellos estaba el holandés renegado Jan Jansz, más conocido como Morrat Rais, que sería nombrado almirante de la armada saletina.

Pero, como ha ocurrido en tantos otros lugares que fueron escenario de empresas piratas (tal es el caso de la olvidada isla de la Tortuga, al otro lado del Atlántico, de la que no queda más que la belleza de su paisaje, la leyenda de sus bucaneros y algunos cañones semienterrados entre ruinas comidas por la vegetación), la memoria de aquella lejana aventura pervive más en las palabras que en las cosas. Recorriendo la medina de Rabat apenas si hay ya rastro físico alguno del paso de los moriscos. En su laberinto se mezclan las droguerías, los hornos de pan, las tiendas de alfombras y tapices, las babuchas multicolores alineadas en minúsculos anaqueles, los montones amarillos, rojos, grises o blancos de comino, cúrcuma, azafrán, pimienta o canela, que convierten los mostradores de las tiendas de especias en remedos populares de los lienzos de Mondrian y llenan el aire de aromas embriagadores. Hay cestillos de lentejas, de maíz, de sémola, de garbanzos alineados sobre las aceras, y telas de arpillera sobre las que se amontonan coles, perejil, berenjenas, tomates y toda suerte de verduras, en medio del

lodo que la llovizna provoca. Nada es en la medina exactamente lo que parece. Un elegante arco encolumnado es en realidad la entrada a unos baños públicos. Un grueso portalón de madera da paso no a una vivienda sino al recoleto patio donde trabajan los vendedores de telas. Y al final de un callejón sin salida, mísero y desierto, una puerta pequeña y discreta sirve de entrada a la hermosa mansión que fuera antaño consulado de Francia y después morada del escritor André Chenier. El nombre de la calle en la que nace el callejón, la rue des Consuls, evoca el antiguo poderío de la república pirata de los moriscos, cuando embajadores de media Europa urdían sus secretas negociaciones tras los recatados muros de sus edificios. Sin embargo, la única lengua europea que se escucha hoy en los recovecos de la medina es la francesa, y las casas, carcomidas por el salitre, han ido sucumbiendo y dando paso a nuevas y precarias edificaciones. Solo queda la fuerza invocadora de los nombres: un puñado de sonoros apellidos moriscos.

—¿Los descendientes de los andaluces? Claro que sí, hay muchas familias en la medina —responde Alí Aït Rami, sentado tras el diminuto mostrador de su tienda de vendedor de zapatos—. El dueño de esta zapatería, por ejemplo, es el señor Nsardi Carrasco, un abogado que vive en París.

La familia Carrasco (corrupción del apellido Carrasco), la familia Chamorro, la familia Palomino, la familia Ronda, la familia Piro, la familia Blanco, la familia Moreno... Algunos comerciantes de la rue Souk Sebbat (la calle del Mercado de los Zapatos) se suman a la conversación y añaden nombres a la lista. Pero nadie puede dar una pista segura de alguno de los miembros de esas familias. “Los Chamorro ya no viven en la medina”, “a los Carrasco los conocí de niño pero no sé dónde están hoy”, “¿queda algún Ronda?”. Solamente Alí deja una puerta abierta: “Puede preguntar en el Mercado Central, allí tiene un puesto de frutos secos el señor Ahmed Piro”. Es una posibilidad, pero hay también otros caminos para seguir las huellas de los moriscos en Rabat, aparte de la chismografía de la medina.

El café Moro abre su terraza en el interior de la casba, sobre la muralla que da al río y justo al lado del Jardín Andaluz. Un lugar tranquilo y recoleto, ideal para charlar. Allí encuentra el viajero al historiador e hispanista Hossein Bouzineb, que evoca el impacto de la llegada de los moriscos a Rabat: “Por expresarlo de un modo actual, su forma de vida les llevó a enfrentarse a los integristas que habitaban Salé, por eso estalló la guerra entre las dos orillas del río”. Y añade algunos nombres a la lista de descendientes andaluces de la villa: “Están el señor Molato, que es encuadernador, el señor Mohamed V Bargach, que es coronel del ejército marroquí, y la familia Tredano, que me parece que tiene una tienda de electricidad”.

Sin embargo, el primer descendiente de andaluces con que el viajero habla trabaja a muy pocos metros del café Moro, en las oficinas del Museo de los Oudaias situadas en el Jardín Andaluz de la kasba. Es el inspector de Monumentos Históricos de la Villa de Rabat, Abderramán Al-Fajar, un arquitecto de cuarenta años de edad que no tiene inconveniente en hacerse acompañar por su padre, Tahib Al-Fajar, verdadera memoria viviente de la medina.

“Aquí han quedado muchas palabras españolas en el habla árabe cotidiana –explica el señor Tahib Al-Fajar–. A los bares se les llama así, en español, y tenemos una sopa típica de Rabat, de origen andaluz, que se llama *harira bofortuna*, es decir, sopa de la buena fortuna. Yo me siento orgulloso de ser andaluz porque ellos fueron quienes trajeron la civilización a Marruecos cuando estaba en plena decadencia”. Y su hijo apostilla: “Son los andaluces los que han construido el Rabat actual”.

Esa huella española traída por los exiliados moriscos está presente también, para Abderramán Al-Fajar, incluso en sus episodios más trágicos, como la guerra civil que se vivió en el seno de la república pirata entre los años 1636 y 1641, cuando los moriscos andaluces que vivían en la medina se rebelaron contra los moriscos de Hornachos que habitaban en el interior de la casba y que detentaban el poder político. “En realidad –co-

menta Abderramán con una sonrisa irónica—, siempre he creído que la primera de las guerras civiles españolas fue Aquella”.

Una vez establecido el primer contacto con los andaluces de Rabat, la medina comienza a desvelar sus secretos y, de ese modo, los invisibles hilos de la memoria empiezan a hacerse perceptibles. El viajero hace un alto, en su paseo desde la kasba hasta el Mercado Central, para visitar el Hotel des Oudaias, de bella fachada, destartaladas habitaciones y recepcionista intratable, y descubre que sus clientes son en su mayoría alumnos de la Escuela de Arte Dramático. Nouaman Aourag explica, en castellano, que está preparando una tesis sobre el teatro de Fernando Arrabal, y Abdeslam Bahida lee la traducción árabe de *Cien años de soledad*, mientras su amigo Mohamed y sus compañeras de escuela, Mounia y Nahraouane, escuchan una casete de Juan Luis Guerra y hablan del homenaje que va a rendirse en la ciudad a Jean Potocki, aquel noble polaco enamorado de Marruecos que escribió un enigmático relato gótico ambientado en España y que puso fin a su vida, disparándose un tiro en la sien, con una bala que él mismo había fabricado pacientemente a partir de la bola de la tapadera de su tetera.

En el Mercado Central encuentra por fin el viajero al señor Ahmed Piro, que por su aspecto podría pasar perfectamente por un atareado comerciante madrileño si no fuera por la negra chilaba con que se cubre. Como tantos otros andaluces de Rabat, apenas guarda recuerdo de la historia de sus antepasados. “Pero sentimos siempre una nostalgia de España —explica en un inseguro francés—. A mí me encanta que me llamen andaluz, es un título de honor”.

Esa nostalgia es la que ha llevado a su hija, Nargis, a estudiar español, y es también la que hace que Ahmed Piro dedique sus ratos libres a tocar música andalusí en un grupo llamado Chabab Al-Andalus que ha dado recitales en Estrasburgo, París, Ginebra y Sevilla. “La música es una de las cosas que más unen a las familias andaluzas de Rabat”, explica. Unas familias que, además, tienen tendencia a casar entre sí a sus miembros,

como atestigua el hecho de que su esposa pertenezca a la familia andaluza de los Sepata.

Al igual que la familia Piro, la ginecóloga Chadía Tredano suele viajar mucho a España. Sus hijas tienen incluso unos trajes de sevillanas y su entusiasmo por lo español parece haber contagiado también a su esposo, Hamid Khelfaoui, un militar de origen turco metido a constructor. “Pasamos cuatro meses al año en España –explica la doctora Tredano–. Fue mi padre quien nos contó que procedíamos de Al-Andalus, quien nos inició en la cultura española, quien nos trajo fotos de la Alhambra”.

Los dos hermanos de la doctora, Samir y Boukber, regentan el negocio familiar de electricidad en el buelvar Mohamed V y, sentados a la mesa de uno de los cafetines del Mercado Central, se arrancan a cantar un aire flamenco como elocuente prueba de su gusto por la música andaluza de ambos lados del estrecho de Gibraltar. Pero si en el dédalo de la medina se pierden los visitantes despistados, también parece extraviarse en él a veces la memoria de algunos de sus habitantes. Así, los miembros de la familia Tredano, de religión musulmana, parecen no darse cuenta de que su apellido (corrupción de Toledano) es el mismo que portan muchos de los judíos sefardíes. En otros casos, como el del encuadernador Mohamed Molato, lo que se ha perdido es el interés. “Sé que mi familia es de origen andaluz y me gusta la música andalusí, pero en mi casa no hablamos de nuestros orígenes, sobre todo los que tenemos menos de cuarenta años. Nosotros pasamos ya de esas historias”.

En el otro plato de la balanza de la memoria está el coronel Mohamed V Bargach (apellido que es la transcripción francesa de Vargas), cuyo entusiasmo por la historia de los moriscos españoles venidos a Rabat nace de razones personales, además de intelectuales. Gracias a la ayuda de otra de las memorias vivientes de Rabat, el señor Ahmed Amin Bel-Gnaoui, profesor retirado y erudito enciclopédico, logra el viajero concertar una cita con el coronel Bargach, que le recibe armado de una botella

de whisky, un humor explosivo, una elocuencia juvenil y una documentación desbordante.

—¿Que si sé algo de mis orígenes moriscos? ¡Lo sé todo! Mire, vea ese dossier que el mismísimo rey de España, Alfonso XII, envió a mi bisabuelo, que era ministro de Asuntos Exteriores del sultán de Marruecos.

El documento, explica, hace referencia al marqués de Villanueva de la Sagra y de la Nava de Bercina. El coronel Bargach señala exultante los párrafos según los va leyendo. Al final, quizá para esclarecer el galimatías de sus antepasados, concluye: “He podido reconstruir mi árbol genealógico hasta el primer Vargas que llegó a Rabat en el mes de marzo del año 1610. Se llamaba Juaibe Vargas y su hijo, Brahim Vargas, fue el primer gobernador de la república pirata de Salé, en 1627”.

De repente, la vieja historia ha tomado cuerpo en este salón de paredes cubiertas por retratos de ilustres antepasados. Como una certera flecha lanzada a través del tiempo, la saga de los Vargas ha permanecido vinculada al gobierno de Rabat desde hace cuatrocientos años, hasta llegar a esta botella de whisky que mengua y a esta conversación que se ramifica y viaja de ayer a hoy incesantemente. “Cuando estalló la guerra civil en la república pirata, los Vargas se fueron con los hornacheros, que fueron derrotados, al otro lado del río, a Salé la Vieja, y allí vivieron durante ciento cuarenta años, hasta que se tranquilizaron las cosas y pudieron regresar a la medina de Rabat —relata el coronel como si él mismo hubiera sido testigo de tales hechos, como si el velo del tiempo se hubiera rasgado y los personajes de todas las épocas se confundieran—. El primer Vargas que llegó a Rabat era un inconformista, porque era cristiano y prefirió exiliarse junto a los moriscos y convertirse después al islam; desde entonces, todos los Vargas hemos sido un poco inconformistas. Hemos estado muchas veces cerca del poder, pero ha sido siempre para intentar que se ejerciera justamente, con tolerancia”.

Ese espíritu tolerante de los andaluces, heredero de los tiempos en que un monarca castellano como Alfonso X el Sabio

podía decir que era “el rey de las tres religiones”, todavía pervive en la vida cotidiana de Rabat. El anciano Tahib Al-Fajar, al evocar su juventud, había hablado de cómo los descendientes de los andaluces convivían amistosamente con la comunidad hebrea de la ciudad que habitaba en el barrio judío de la medina, llamado la Mellah. Hoy no quedan en la populosa Mellah más que cuatro familias judías, pero su sinagoga, que dista poco más de cincuenta metros de la mezquita, sigue viva.

Una anciana vendedora de cigarrillos sueltos, sentada bajo el arco de la muralla que da paso a la Mellah, señala al viajero el portal donde vive Isaac Oaknim, el guardián de la sinagoga, un viejo hombretón de gafas gruesas que le invita a asistir a la celebración del Sabath. Y ese atardecer, a la espera de la salida de la primera estrella, el viajero asiste al ritual sefardita con que diez hombres celebran, devotos y hermanados, su asombrosa soledad en pleno corazón de la medina musulmana de Rabat.

A la mañana siguiente, mientras el sol pugna con la neblina que se cuela desde el Atlántico, el viajero visita por última vez, antes de partir, las altas murallas de la casba, que se tiñen de rojo aupadas al promontorio rocoso desde el que vigilan la desembocadura del Bou Regreg. Al pie de las almenas, cabalgando las mismas olas ariscas que fueron terror de los barcos enemigos, los jóvenes modernos de Rabat, con el pelo trenzado a la moda rastafari, intentan conservar el equilibrio sobre sus tablas de surf, ajenos a la historia de aquellos moriscos que se hicieron piratas para salvaguardar su libertad y de cuya loca aventura, malograda por sus propias disputas internas, fue testigo el traicionero Bou Regreg hace casi cuatrocientos años.



Los silencios del capitán Dreyfus

Bajo el espeso calor del trópico, la minúscula isla del Diablo, situada en la Guayana francesa, era toda ella una temible prisión. Sobre el promontorio emplazado al sur se levantaba, rodeado de palmeras, el cuartel de los guardianes con su torre de vigilancia y, a su lado, una modesta cabaña blanca, de cuatro metros de largo por cuatro de ancho, con techo a dos aguas ondulado y ventanas enrejadas. Corría el mes de septiembre del año 1896 y en el interior de la cabaña un hombre delgado, tembloroso de fiebres y de angustia, se esforzaba en escribir el diario de su encarcelamiento:

“Hoy, jueves 10 de septiembre, estoy tan cansado, tengo tan rotos el cuerpo y el alma, que pongo fin a la escritura de este diario, sin poder prever hasta dónde aguantarán mis fuerzas ni cuándo estallará mi cerebro bajo el peso de tantas torturas. Lo termino dirigiendo al Señor Presidente de la República esta súplica suprema, en caso de que yo sucumba antes de haber visto el fin de este horrible drama: Señor Presidente de la República, me permito pedirles que este diario, escrito día a día, sea remitido a mi familia. Encontrará aquí quizá, Señor Presidente, crisis de cólera y de espanto contra la condena más horrible que haya golpeado jamás a un ser humano...”

Y, antes de poner final al relato de su infortunio, todavía añadía unas últimas frases:

“No hago hoy recriminaciones a nadie; cada cual ha creído actuar con acuerdo a sus derechos y a su conciencia. Yo declaro simplemente otra vez que soy inocente de ese crimen abominable, y no pido más que una cosa, siempre la misma, la búsqueda del verdadero culpable, del autor de esta abominable fechoría”.

El hombre cuyo lamento se ahogaba en tinta, en la soledad de la más remota y atroz cárcel del sistema penitenciario francés, era el capitán Alfred Dreyfus, un oficial del Estado Mayor que había sido detenido dos años antes acusado de espiar para Alemania, la gran potencia enemiga de Francia, juzgado y condenado por alta traición.

Dice una de las grandes voces de la literatura española, Ana María Matute, que “no hay nada que se parezca más a la historia de un pueblo que la historia de un hombre”. No menos cierto es que las raíces del presente se alimentan siempre de los hechos del pasado. Quizá por ello es bueno a veces contar la historia de un solo hombre que, desde el ayer, venga a arrojar luz sobre las tribulaciones colectivas de hoy. Más aún si el tiempo que le tocó vivir a ese hombre fue también un tiempo de crisis, a caballo entre dos siglos. No tiene, pues, nada de extraño que los ecos de las desventuras del capitán Dreyfus estén todavía presentes en el delirio informativo de los poderosos medios de comunicación de finales del siglo XX. A fin de cuentas, este tiempo es heredero, entre otras, de su historia. Sin embargo, aquel verano de 1896 Alfred Dreyfus estaba muy lejos de imaginar el alcance verdadero de su drama. Aislado del mundo, sin apenas correspondencia y la poca que recibía censurada, Dreyfus todavía se consideraba víctima de un terrible error.

Era hijo de una familia burguesa judía de Alsacia, en la frontera con Alemania. Su abuelo había sido un pobre comerciante de la ciudad de Rixheim y la fortuna había llegado a la familia de la mano de su padre, que se hizo rico como industrial en Mulhouse. La suya era una familia que compartía los valores de patriotismo francés, devoción republicana y laicismo propios de su nueva condición social. En esos valores se había educado Alfred Dreyfus y, movido por ellos y a pesar de los consejos en contra de sus parientes, se había orientado hacia la vida militar.

En 1890, a los treinta años de edad, ingresó en la Escuela Militar, donde obtuvo excelentes notas y gozó de la conside-

ración de sus profesores, tal y como indica el informe de uno de ellos al término de los dos años de estudios:

“Físico bastante bueno, salud igualmente buena, miope, carácter fácil, buena educación. Bien presentado. Instrucción general muy amplia. Instrucción militar teórica muy buena; conoce muy bien el alemán; monta muy bien a caballo. Sirve bien. Ha obtenido su despacho de Estado Mayor con la mención *Muy bien*. Muy buen oficial, mente ágil que capta pronto los problemas, trabaja sin esfuerzo y tiene el hábito del trabajo. Muy apto para el servicio en el Estado Mayor”.

¿Cómo era posible que a un hombre así se le acusase nada menos que de traicionar a su patria? Sin duda debía tratarse de una trágica equivocación y por ello, desde su prisión, Dreyfus escribió una y otra vez al general De Boisdeffre, jefe del Estado Mayor, confiando en que al fin la verdad resplandeciera. Quizás el hecho de que el director de la Escuela Militar le hubiera rebajado la nota final, para dificultar su ingreso en el Estado Mayor, debiera haberle prevenido ya sobre los prejuicios antisemitas que latían en el ejército y en la sociedad francesa. Pero Alfred Dreyfus seguía confiando en la bondad de los principios patrióticos que se le habían inculcado.

Su fe en el Estado, en el Ejército, en la Autoridad le habían hecho soportar con dignidad el vergonzante proceso y su posterior degradación pública, cuando le fueron arrancados los galones e insignias en el patio de armas de la Escuela Militar, el 5 de enero de 1895. Pero esa fe no había bastado para darle fuerzas en su reclusión tropical. Tan solo el apoyo de su hermano Mathieu y de su esposa Lucie, su juramento mutuo de resistencia, había inyectado energía en su cuerpo agotado para aguantar hasta aquel duro mes de septiembre. Gracias a ellos había renunciado a su inicial idea de suicidio. Dos días después de su pública degradación, Mathieu le escribía: “Qué espantoso suplicio, qué torturas te hemos obligado a padecer el sábado. Te habíamos suplicado que vivieras, te queríamos vivo para reunir el coraje necesario para descifrar el misterio que planea sobre tu trágica historia”. Y el propio Dreyfus re-

cordaba a su esposa, en una carta desde la isla del Diablo, su mutuo apoyo: “Ya ves que mantengo la promesa que te hice de mantenerme vivo hasta el día de mi rehabilitación; es lo único que puedo hacer. Haz tú el resto si quieres que pueda ver yo ese día”. Y Lucie lo hizo.

Convencida de la inocencia de su marido y con la ayuda de su cuñado, Lucie inició un largo pleito judicial que bien podría haberse perdido en el laberinto burocrático de la Justicia si un decidido grupo de intelectuales y políticos no lo hubiera convertido en el mayor escándalo de la historia moderna de Francia, trasladándolo al dominio de la opinión pública. Hasta tal punto que bien puede decirse que el concepto mismo de Opinión Pública tiene su origen en lo que se conoció como el “caso Dreyfus”.

El poeta judío Bernard Lazare, en primer lugar, junto a los abogados Leblois y Labori, y después el doctor Gilbert, el senador Scheurer Ketsner, los dirigentes de izquierdas Clemenceau y Jaurès, el escritor Emile Zola y el coronel Picquart, acusador inicial de Dreyfus que descubrió luego al verdadero culpable, fueron algunos de los llamados *dreyfusards*, defensores de la inocencia del capitán. Una causa que dejaría huella en la literatura francesa como muestran los pasajes de *En busca del tiempo perdido* en los que Proust hace patente su simpatía por Dreyfus a través del personaje de Swan.

En respuesta a semejante apoyo fueron también muchos los que manifestaron públicamente su antisemitismo y militarismo, sentimientos profundamente arraigados en la sociedad francesa tal y como Emile Zola denunció reiteradamente en sus escritos de aquellos años. Entre los *antidreyfusards* no faltaron tampoco escritores señalados como Valéry y Pierre Louÿs, y en las algaradas de sus partidarios era frecuente ver pancartas con lemas como “¡Mueran los judíos!”, “¡Muera el traidor!” o “¡Muera Judas!”. Por haber, hubo hasta muertos en los enfrentamientos callejeros que acompañaron a la disputa política y judicial.

Entre tanto, Alfred Dreyfus agonizaba en la isla del Diablo, ajeno al revuelo que su solo nombre levantaba en las calles de Francia. Su “mente ágil”, de la que hablaban sus instructores de la Escuela Militar, estaba a punto de estallar, desesperada de soledad y de inactividad. Y en las páginas de su diario daba cuenta de aquella agonía mental: “Mi cerebro está triturado”, “mi cerebro está trastornado, roto”...

Devorado por las fiebres, sin apenas poder dormir, agobiado por la lluvia y con los nervios destrozados, el capitán Dreyfus no podía sino anotar una y otra vez la idea que le obsesionaba: “El culpable sigue sin ser desenmascarado”. Sin embargo, estaba en un error. El verdadero traidor, el autor de la nota a la embajada de Alemania que se había atribuido a Dreyfus en un primer momento, era ya conocido por las autoridades militares desde el mes de marzo de 1896. Se trataba del comandante Esterhazy. Pero nadie estaba dispuesto a reconocer semejante equivocación. El único que quiso hacerlo, el coronel Picquart, terminaría pagando con la cárcel sus denuncias; y el propio Esterhazy saldría absuelto, una vez que el escándalo estalló definitivamente en la prensa en noviembre de 1896, en un proceso amañado donde los jueces le absolvieron pese a las pruebas de su culpabilidad.

Lo que el atormentado cerebro del capitán Dreyfus no había podido siquiera imaginar era que sus admirados generales, los hombres que tenían a su cargo la máxima representación del Ejército de Francia, aquellos que debían encarnar el honor y los valores militares, estaban dispuestos a mentir y a sepultarle en el olvido aun a sabiendas de su inocencia. Frente a las razones humanitarias, a los valores democráticos republicanos que Dreyfus tanto veneraba, la jerarquía militar oponía la razón de Estado que en su opinión les obligaba a librar al Ejército, que era tanto como decir a Francia según su parecer, del escándalo de un error manifiesto. De tal manera que la protección de sus propias y laureadas guerreras se convertía en interés nacional, fuera cual fuese el precio a pagar, incluido el sacrificio de la verdad y el de un inocente.

En aquel mes de septiembre de 1896, el interés de la jerarquía militar francesa estaba en las antípodas de las ansias rehabilitadoras de Dreyfus. Para sus superiores lo mejor habría sido, sin duda, que los rigores de la isla del Diablo hubieran puesto fin a la vida de su incómodo prisionero. Incluso se dictaron órdenes de procedimiento en previsión de tal eventualidad. El ministro de Colonias, Lebon, envió una instrucción al director de la administración penitenciaria de la Guayana, a los pocos días de que Dreyfus dejara de escribir su diario a causa de su resentida salud. En ella podía leerse:

“Si Dreyfus muriera y os vierais obligado a sumergirlo, como se hace con los otros forzados, para que lo devoren los tiburones, surgirían siempre, a pesar de todos los certificados autenticadores del hecho, incrédulos que no creerían su muerte y que os acusarían de haberle dejado huir. Si muere, embalsémelo y envíe de inmediato su cadáver a Francia, para que aquí lo vean”.

Pero el capitán Dreyfus no murió. Su voluntad y aquella buena salud de la que hablaban los informes militares se impusieron. Y las presiones de sus defensores en Francia lograron la apertura de un nuevo juicio que se fijó para el mes de junio de 1899, en la ciudad de Rennes.

La noticia del proceso abrió la puerta de la esperanza en el fatigado corazón del cautivo. Convencido todavía de que tal revisión se debía a la buena voluntad de sus jefes, tuvo el gesto de enviar una carta de agradecimiento al general De Boisdeffre, sin saber que este había sido uno de los más activos ocultadores de la verdad de su caso.

Por fin, tocado con un casco salacot, cual si de un aventurero avejentado se tratara, el capitán Dreyfus se embarcó en el crucero *Sfax* y partió rumbo a Francia para asistir al nuevo juicio. Y allí, en Rennes, conoció al fin la verdad que durante cinco años de forzado silencio le había sido escamoteada en la isla del Diablo: todo su proceso se había debido a un error inicial provocado por la desconfianza de sus superiores hacia

los judíos, que había sido encubierto después por el Estado Mayor con falsos documentos a fin de que no trascendiera.

Todavía le quedaban duras pruebas que soportar, como verse condenado otra vez en Rennes, sin que el tribunal militar hiciera caso alguno a las resoluciones del tribunal de apelación ni a las pruebas de la culpabilidad de Esterhazy. Una nueva condena que levantó la indignación internacional. Pero quizá la más dura de todas las pruebas fue la de verse repentinamente obligado a encarnar un mito: el mito de sí mismo, del capitán Dreyfus, del prisionero de la isla del Diablo. Muchos esperaban su cólera, su protesta, el espectáculo de su sufrimiento. Pero, como apuntaría después su hermano Mathieu, presente a su lado en el juicio de Rennes, “su actitud durante las sesiones estuvo llena de dignidad. Nada de gritos, enojos o cólera, que era precisamente lo que el público deseaba. Los amigos le pedían que fuera violento, que demostrara sus emociones, sus crisis, pero el pobre carecía de recursos físicos. Su voz era monocorde, débil y se entrecortaba fácilmente. Sus emociones eran interiores [...]. Su estoicismo heroico era el que le había permitido sobrevivir allá lejos”.

Cuando, presionado por su familia, Dreyfus aceptó finalmente, al término del juicio, la amnistía con que el gobierno deseaba cerrar definitivamente el caso, aunque fuera equiparando a los verdugos y a las víctimas, muchos de sus seguidores vieron cómo se derrumbaba el mito. Aunque no faltaron tampoco quienes, como Jaurès, defendieron su derecho a ahorrarse nuevos padecimientos. Dreyfus estaba hecho de frágil carne, como cualquier humano.

Unos años después, en 1906, el capitán Dreyfus fue rehabilitado y condecorado con la Legión de Honor en el mismo patio que había servido de escenario a su degradación. Dreyfus falleció en 1934, sumido en el olvido del retiro militar, mientras que el mundo que abandonaba se aprestaba a recoger los frutos más sangrientos del antisemitismo que él había tenido que padecer en vida.

El capitán Dreyfus regresaba así definitivamente al silencio, protagonista involuntario de una trágica historia que le superó y fue más allá de sus convicciones personales. En torno a su defensa se armó ética y políticamente la izquierda obrera, se nucleó el poder emergente de la prensa, se articuló por primera vez un movimiento cívico de intelectuales. Pero él fue ajeno a todo ello. Su figura pública resultó fría, incluso antipática para muchos de sus seguidores. Era la figura de un hombre que se reafirmaba en su austera condición militar en medio de un fragor de banderas rojas. Sutil paradoja que habrían de vivir años después en España, durante la Guerra Civil, algunos generales republicanos. Y, sin embargo, fue en la fragua íntima de su cerebro, torturado de injusticia en aquel terrible verano de la isla del Diablo, donde se forjó la armadura de hierro que mantuvo en vilo a un país entero durante diez años y supuso un jalón histórico en la pugna de la verdad frente a la razón de Estado: la férrea voluntad de un hombre que luchaba por su dignidad. Una lucha que había tenido que librar a ciegas, aislado del mundo, hasta que a su regreso a Francia en 1899, para asistir a su último juicio, pudo exclamar con asombro y también con amargura:

–Hasta ahora ignoraba mi propia historia.

Índice

Un espejo con marco antiguo.....	7
El caballero corsario	11
En el reino de Midgard, la serpiente	23
La duelista	35
La bella y la revolución.....	45
El dios de la Máquina	61
El buque fantasma.....	73
Historia en negro.....	81
Tras las huellas de los moriscos.....	89
Los silencios del capitán Dreyfus	101



colofón

